

BOSSALIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

muerte a plazos

KEITH LUGER



COLECCION

PUNTO ROJO



MUERTE A PLAZOS

PR Nº 564

Autor: Keith Luger

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

GOLPEARON repetidamente a la puerta y Jim Murray despertó.

—¿Qué pasa? —preguntó, de mal humor.

—Lo llaman al teléfono —contestó la voz de la señora Smith, desde el corredor—. Dicen que es urgente.

—Está bien —rezongó Jim, apartando las sábanas.

Bostezó mientras buscaba las zapatillas y estiró los brazos cuando se puso en pie. Cercioróse de que su pijama estaba abrochado y salió de la habitación, encaminándose hacia el teléfono que había adosado a la pared, en el pasillo.

Cuando cogió el auricular, dijo:

—Aquí Murray. ¿Qué ocurre?

Reconoció la voz agria de Claude Temple, el jefe de Redacción.

—¿Qué clase de periodista es, Murray? Apuesto a que toda la ciudad lo sabe menos usted.

—Estuve trabajando hasta muy tarde. ¿Es que no puede dormir un hombre?

—¿Qué me importa eso? Atienda: Dentro de dos minutos pasará un coche a recogerlo. Irá con Gerard al lugar del suceso.

—¿Qué suceso?

—Ya se lo contará Gerard por el camino. Vamos, dese prisa. ¡Vístase!

Jim oyó el golpe que Temple daba en el teléfono cortando la comunicación y él también colgó. Regresó a su alcoba y se metió en el cuarto de baño.

Se lavó la cara y cepillóse los dientes. El espejo devolvía la

imagen, la de un hombre de unos veintiocho años de edad, moreno, de ojos azules, nariz recta y labios un poco gruesos.

Abandonó el cuarto de baño y empezó a vestirse. Se estaba poniendo los pantalones cuando oyó sonar un claxon en la calle. Lanzó una imprecación. Ya estaba allí Gerard. Imprimió mayor velocidad a sus movimientos y al cabo de otro minuto salía de la habitación.

La señora Smith le tenía ya preparado el vaso de leche y un par de tostadas con mantequilla. Cogió una de éstas y empezó a comer. Sin esperar a tragar, bebió la leche caliente.

—¿Por qué tanta prisa, señor Murray? —preguntó la señora Smith.

—Se lo diré cuando lo sepa.

Jim dirigió una mirada al reloj que había sobre la repisa. Eran las once menos cuarto. Otra vez sonó el claxon y dejó el vaso de leche sin terminar, sobre la mesa. Se despidió de su patrona con un ademán.

Gerard, que estaba sentado al volante de uno de los destartalados coches propiedad de El Clarín de Phoenix, emitió un gruñido.

—Vamos a ser los últimos, Jim. ¡Sí que somos una buena pareja!

Jim dio la vuelta al coche y se metió en él, junto a su amigo, sin abrir la portezuela, pasando las piernas por encima. Inmediatamente, Gerard pisó el acelerador y el vehículo salió disparado por la calle.

Jim sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a su compañero, pero al negarse éste con la cabeza, él se puso uno en los labios y lo encendió. Cuando hubo lanzado la primera bocanada de humo, rezongó:

—Está bien, Gerard. ¿Qué infiernos es? No me digas que Bulganin se ha dejado caer en paracaídas en Phoenix.

Gerard frisaba en los treinta y cinco años y era de cabello rubio, ojos un poco saltones y mentón puntiagudo.

—Desgraciadamente, no es eso —contestó—. ¿Te acuerdas de William Nelson?

—¿El granjero?

—Sí... Ha muerto hace una hora.

Jim frunció el entrecejo y masculló:

—Bueno, William Nelson ha muerto. Lo siento y es seguro que toda la ciudad lo sentirá también. Era un buen hombre, pero al fin y al cabo, a todos nos ha de llegar la hora.

—Es que él ha muerto de una forma especial, Jim. Se despidió de su mujer esta mañana. Tenía que venir a la ciudad a comprar unos aperos de labranza. Se metió en el cobertizo donde guardaban el coche y cuando pisó el pedal del embrague... ¡cataplum!

—¿Qué quiere decir «cataplum»?

—Se conoce que no has estado en la guerra, muchacho. Sobrevino una explosión. Eso es lo que pasó. El coche de Nelson, con él dentro, saltó hecho pedazos. Los restos de Nelson los han recogido en un pañuelo.

Jim lanzó un silbido.

—Caramba. Eso ya es otra cosa. ¿A qué hora ha ocurrido?

—A las diez. La señora Nelson llamó inmediatamente a la policía. Johnny Sprague estaba con el teniente Grayson y vino enseguida al periódico a decírselo a Temple.

El vehículo había dejado atrás la ciudad y corría por una carretera bien pavimentada.

—9

—¿Qué piensas sobre el asunto, Jim? —preguntó Gerard, después de un silencio.

—Me ha pillado de sorpresa. No comprendo una palabra. ¿Quién iba a querer asesinar a Nelson? Era un hombre apocado, buen ciudadano y muy caritativo. Aún no hace tres meses que le hice una interviú con motivo de su donativo de cien dólares para la campaña contra la poliomielitis. Me costó bastante trabajo conseguir que contestase a mis preguntas. Recuerdo sus palabras. Dijo que no había por qué airear una buena acción siendo así que todos estamos obligados con el prójimo,

—En realidad, no conocemos mucho a los granjeros que viven más allá de cinco millas de Phoenix. Vienen poco a la ciudad y no tenemos oportunidad de intimar con ellos. Yo creo que Nelson estaría enemistado con algún colega. Apuesto a que a estas horas la policía ya sabe que riñó, y sólo tendrán que echar mano al fulano en cuestión.

Gerard hizo girar el vehículo, internándolo por un polvoriento camino vecinal.

Guardaron silencio durante un rato y Gerard, después que ascendieron por una pequeña ladera, señaló hacia la izquierda.

—Creo que han acudido todos los curiosos de la región.

Jim miró hacia la granja de Nelson. Efectivamente, en las proximidades había estacionados más de media docena de coches, de los cuales sólo reconoció dos y como pertenecientes a la policía. Había también una ambulancia.

Gerard dobló de nuevo y siguieron por el camino que iba directo a la granja.

Gerard pisó los frenos y saltó inmediatamente del coche, mientras Jim lo hacía por el otro lado. El primero cogió del asiento trasero su equipo de fotógrafo.

Un grupo de espectadores integrado por cinco hombres se movía frente al cobertizo en que había ocurrido la explosión. Algunas maderas habían volado, cayendo lejos de la casa. Un policía mantenía a raya a los curiosos.

—¡Hola, Bill! —saludó Murray—. Supongo que podemos pasar. Gerard viene conmigo.

Bill arrugó los ojos e hizo un gesto de condolencia.

—Son órdenes del jefe, Jim. Ha dicho que no pase nadie.

—Al diablo con las órdenes. Somos de la Prensa. Tenemos que informar, quiéralo o no el teniente.

—Ahí está él. Díselo tú mismo.

Fristz Grayson salió por la desencajada puerta del cobertizo. Era de estatura regular, pelirrojo y con el rostro lleno de pecas. Llevaba el nudo de la corbata bajo, y el sombrero parecía que se le iba a caer de la cabeza por estar demasiado inclinado hacia arriba. Dos hombres salieron detrás de él.

Jim y Gerard dieron unos pasos saliendo al encuentro del teniente. Este se detuvo y los miró haciendo una mueca.

—¿Qué les pasó, muchachos? —rezongó—. ¿Vinieron andando?

—No llegó a tiempo el avión a reacción que Temple pidió a San Diego —contestó Jim—. ¿Podemos hacer nuestro trabajo?

Grayson se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Resulta graciosa esa pregunta. Pero entre, si quiere.

—Vamos, Gerard —dijo Jim. Y se dirigieron al cobertizo.

No más traspasar el umbral, se quedaron asombrados. En la superficie del local no se veía más que hierros retorcidos tirados por todas partes. En las dos paredes laterales había enormes agujeros, pero la frontal no existía. Había sido arrancada de cuajo por la fuerza de la explosión. Un policía vigilaba detrás del hueco.

—Eh, mira eso —indicó Gerard, señalando la pared de la derecha, donde aparecía una mancha de sangre—. Apuesto a que va a ser lo único que pueda fotografiar del cadáver.

—No tiene ninguna gracia —respondió Jim—. Pero puedes fotografiar lo que quieras. Aquí no hay nada para mí. Me voy con el teniente.

Cuando salió fuera, Grayson estaba conversando con los curiosos. Jim reconoció en ellos a unas cuantas personas que vivían a varias millas de la granja de Nelson. Los vio menear la cabeza negativamente.

Grayson se quedó un rato silencioso y luego encaminóse hacia la casa. Jim lo alcanzó junto a la escalera que conducía al pórtico.

—¿Cómo va eso, teniente? —preguntó.

Fritz borró el gesto de preocupación que reflejaba su cara.

—Iría mejor si me dejase en paz.

—Con que esas tenemos, ¿eh? ¿De qué se trata, Grayson? Le advierto que mandaré mi crónica al Clarín con su colaboración o sin ella.

El teniente sonrió sarcásticamente.

—¿Se cree que quiero pisarle el terreno? Está bien, gran hombre. Venga conmigo si lo desea.

El policía pulsó el timbre y al poco rato abrió la puerta una negra que con ojos asustados les invitó a que entrasen.

Pasaron al living-room donde se hallaba la señora Nelson sentada en un sillón, secándose los ojos con un pañuelo.

El teniente se quitó el sombrero y dijo:

—Lo siento, señora Nelson. Pero ya sabe, es mi trabajo.

Susan Nelson se levantó del sillón. Podía tener treinta y cuatro o treinta y cinco años de edad y era hermosa, un fruto en sazón, de grandes ojos azulados que poseían una mirada brillante. Su cabello rubio, del color del trigo en el mes de agosto, le caía sobre los

hombros. Cubríase con una bata de casa, color ceniza.

—Lo comprendo, señor Grayson —murmuró—. Puede hacer las preguntas que quiera.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Sólo sé lo que le adelanté por teléfono. William me dijo anoche que esta mañana iría a la ciudad a comprar algunas cosas que necesitaba. Habló del almacén de Tapp Barry. Esta mañana se levantó de muy buen humor. Se vistió, tomó el desayuno y yo le acompañé hasta la puerta. Me dio un beso y me dijo que volvería para la hora de comer. Bajó la escalera, se dirigió al cobertizo y yo cerré la puerta. Vine aquí y puse la radio porque quería oír la emisión del «Matrimonio Americano». No sé cuánto tiempo transcurrió desde que me separé de William. Calculo que unos tres minutos. De pronto, se produjo una terrible explosión. Las paredes se estremecieron. Creí que la casa se venía abajo. Luego todo quedó en silencio. Me levanté despavorida y salí fuera corriendo. Miré al cobertizo y vi unas cuantas tablas arrancadas. La puerta estaba desencajada de sus goznes y colgaba abierta. Me precipité allí y...

De pronto, la voz de Susan se ahogó en un sollozo e inclinó la cabeza.

El teniente respetó su silencio, y por fin, dijo:

—Comprendo que es muy doloroso, señora Nelson, pero ahora a nosotros nos toca dar con la mano asesina que puso en el coche de su marido una carga de cartuchos de dinamita.

—¿Cartuchos de dinamita? —repitió la mujer, levantando la mirada.

—Así ha sido, señora Nelson.

—¡Pero eso es absurdo! ¿Quién iba a querer matar a mi marido? Era la persona más buena del mundo.

—De eso se trata. Su esposo debía tener un enemigo.

—No lo puedo creer.

—Dígame, señora Nelson. ¿William explotaba la granja en sociedad?

—En absoluto. Era él solo. No tenía ningún socio.

El teniente hizo una pausa y volvió a preguntar:

—¿Sabía usted si se dedicaba a otra cosa? Quiero decir si poseía algún otro negocio, aparte de la granja.

—No, ninguno. Puede usted estar seguro.

Grayson dio unos pasos por la habitación, dando vueltas al sombrero.

—¿Qué me dice de su correspondencia, señora Nelson?

—¿Qué quiere decir?

—Su esposo recibiría cartas de sus amigos.

—No, ninguna. Toda la correspondencia que ha recibido desde que nos establecimos aquí hace ocho años, se refería a cosas relacionadas con el negocio. Ya entiende. Impresos de propaganda de abonos, aparatos... Pero jamás recibió carta de un amigo.

—¿Sabe si ha disputado alguna vez con algún vecino?

—Apenas los trataba, pero estimó a todos y a la vez era estimado por ellos. Usted conoció a mi marido y sabe perfectamente que era incapaz de hacer daño a nadie.

—Sí, de eso estoy seguro y es lo que hace más difícil esta investigación.

—¿Me permite, teniente? —terció, de pronto, Jim.

El policía lo miró arrugando el entrecejo y repuso:

—Adelante, gran hombre. Pregunte lo que quiera.

Jim se humedeció los labios con la punta de la lengua y miró a la señora Nelson.

—¿Cuándo conoció a su marido, señora Nelson?

—Fue exactamente en el año 1947, en Los Ángeles. En una fiesta que dio un productor de Hollywood. Yo trabajaba en un almacén de ropas confeccionadas y tenía una amiga que era secretaria de uno de los productores. Nelson estaba también allí y nos conocimos como se conoce mucha gente en estas ocasiones. Creo que los dos nos estábamos aburriendo, y empezamos a hablar sin mediar presentación alguna. Nelson trabajaba como decorador. Simpatizamos y quedamos en salir otro día. Así pasamos cuatro o cinco meses y, finalmente, me dijo que estaba enamorado de mí y que quería casarse. Había ahorrado algún dinero durante quince años y quería llevar a cabo la idea de instalarse en una granja. Yo también le quería y su plan me pareció encantador. Nos casamos allí mismo, en Los Ángeles, y estuvimos viviendo en un hotel hasta que un día él se presentó diciendo que ya teníamos la granja. Estaba instalada en los alrededores de Phoenix. Vinimos aquí y

hemos sido muy felices... ¡Santo cielo! ¿Por qué le ha tenido que ocurrir a él una cosa así?

La bella mujer se sentó y continuó llorando.

—¿Estás más tranquilo, gran hombre? —ironizó el teniente, mirando con sarcasmo al periodista.

Jim hizo caso omiso de la indirecta y volvió a interpelar a la señora Nelson.

—¿No recuerda nada que pueda tener interés respecto al tiempo que usted y su marido permanecieron en Los Ángeles?

—William fue tan retraído allí como aquí. Jamás me presentó a un compañero de trabajo.

—¿Para quién trabajaba?

—Para John Nebi. Recuerdo que el día que él le dijo a Nebi que se marchaba de la casa, le dieron un banquete al que asistió todo el personal. Eso le dará una idea de la simpatía con que era acogido mi marido en todas partes.

—Ya está bien, Murray —cortó el teniente. Y luego se dirigió a la mujer—: Siento haberla molestado, señora Nelson.

—Una última pregunta —insistió Jim—. ¿Tenía su marido contratado algún seguro de vida?

Un silencio impresionante cayó sobre la estancia. Todas las miradas convergieron en Jim. La señora Nelson apartó bruscamente el pañuelo de sus ojos y se levantó.

—¿Qué piensa, señor Murray?

—Lo siento... Yo... —balbució Jim.

—Sí, señor Murray —afirmó ella—. Mi esposo tenía contratada una póliza de seguro de vida por valor de diez mil dólares y yo era la beneficiaria.

—No he querido insinuar nada, señora Nelson —se excusó el reportero.

El teniente hizo chasquear la lengua y cogió a Jim del brazo, empujándolo hacia la puerta, mientras decía:

—Discúlpelo, señora Nelson. El muchacho está empezando en su carrera.

Salieron al exterior y Grayson se puso el sombrero.

—Ya puede estar contento de usted el director de El Clarín de Phoenix —comentó, mirando fijamente al periodista—. ¿No se da

cuenta de que eso lo hubiéramos averiguado nosotros sin necesidad de preguntárselo? Carece usted de tacto, Murray.

—¿Por qué andarse con rodeos en un asunto de asesinato?

—¿Quién dice que es un asesinato?

—No me diga que William Nelson puso la carga de cartuchos de dinamita en el automóvil y luego él mismo pisó el embrague para saltar por los aires.

—¿Por qué no pudo hacerlo? Sería el suicidio del siglo. Ni una sola compañía de seguros se atrevería a discutir esta muerte para no pagar la póliza.

—Así que para usted he sido un suicidio...

—Yo no he afirmado nada. Simplemente trato de meter en su meollo la idea de que han podido ocurrir muchas cosas. Y ya está bien, señor Murray. Tengo mucho trabajo pendiente...

El teniente se separó de Jim, dirigiéndose con sus hombres hacia el lugar en que habían dejado aparcados los coches.

La ambulancia ya se había ido.

Gerard se acercó a su compañero.

—¿Has sacado algo en limpio, Jim?

—Nada. Todo esto no tiene pies ni cabeza.

—Bueno, en fin de cuentas, no somos nosotros los que hemos de resolverlo. Para eso está Grayson y sus sabuesos.

—¿Tú crees que irán muy lejos? Se ríen de mí, pero da por seguro que ninguno de ellos tiene un gramo de seso en la cabeza. Está bien. Larguémonos.

Mientras se dirigían al coche, Gerard rezongó:

—He tirado algunas placas, pero sé que no le gustarán al jefe. Podía haber hecho unas cuantas fotografías de cualquiera de las cabañas desvencijadas que hay en las afueras de Phoenix. Hubiera sido lo mismo.

Subieron al vehículo y emprendieron el camino de regreso a Phoenix, sin que ninguno de los dos amigos interrumpiese el silencio en que se habían abstraído.

CAPÍTULO II

EL cielo había estado encapotado todo el día y a primeras horas de la tarde empezó a llover. Ahora ya había oscurecido y Jim Murray, sentado a una mesa, junto a una ventana, desde la que se podía contemplar la calle principal de Phoenix, observaba el pavimentado brillante bajo los focos del alumbrado. Encendió otro cigarrillo y observó su vaso vacío. Volvió la cabeza hacia el mostrador que quedaba detrás de él y llamó con voz fuerte.

—¡Eh, Joe! Trae otro vaso de lo mismo.

Eran sólo las cinco y media y el local a aquellas horas estaba casi vacío. Además de Jim y el dueño, un individuo rechoncho, de cabeza monda como una bola de billar que se encontraba ante la barra, había otros dos hombres que se contaban chistes por lo bajo y rompían a reír a carcajadas de vez en cuando.

Joe puso sobre la mesa el nuevo vaso de whisky y se quedó mirando fijamente a la otra parte de la calle, justo a la puerta sobre la que campeaba una palabra: «Policía».

—¿Por qué no estás allí dentro, Jim?

—No me gusta.

—Al fin y al cabo es tu oficio, ¿no?

—¡Cállate! ¿Quieres?

—Está bien. Yo sólo quería animarte.

Joe dio media vuelta y se fue al mostrador.

Murray bebió un largo trago y luego aspiró profundamente el humo del cigarrillo. De pronto oyó que alguien corría por la calle y vio a Gerard cruzar de una acera a otra. Poco después, entró en el establecimiento, se detuvo un instante y al verlo en la mesa, se le

acercó.

El fotógrafo se quitó la gabardina y la dejó sobre una silla, sentándose luego junto a su amigo.

—¿Whisky, Gerard? —preguntó, a lo lejos, Joe.

Gerard hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se quedó mirando a Jim.

—Ya ha salido, muchacho. Es lo que tú temías. El fiscal Lereder ha conseguido una orden de detención contra Susan Nelson. Esa mujer no dormirá esta noche en su casa.

Jim se mordió el labio inferior y preguntó:

—¿Han recibido noticias de Los Ángeles?

—Sí, las ha mandado ese John Nebi. Me lo ha contado el teniente. Nelson entró a trabajar con la firma en el año 1945. No fue recomendado por nadie. Simplemente se presentó con una carpeta llena de dibujos y al parecer eran tan buenos que Nebi le contrató enseguida. Susan tenía razón. Nelson se comportó siempre correctamente con todos. No hizo nada en Los Ángeles que pudiera atraer sobre sí el odio de alguna persona. La policía de allí ha comprobado todo lo que dijo Susan respecto a su amistad con Nelson. Se conocieron en la fiesta, continuaron saliendo juntos y al fin llegó la boda. Pero hay algo que ha perjudicado a ella.

—¿Mintió respecto a su trabajo?

—No. Estaba empleada en los almacenes que indicó. El negocio de un tal Jack O'Rear. Pero investigando sus antecedentes, se ha descubierto que estuvo en un reformatorio a los diecisiete años. Fue en San Francisco. La pescaron intentando pasar unos gramos de cocaína. Se probó que era enlace de una banda. El final del caso fue que Susan Colman, que era su nombre de soltera, fue a parar a un reformatorio del Estado, donde permaneció durante dieciocho meses. Luego hizo muchas cosas. Bailarina, cantante, presunta de estrella de la pantalla, y, por fin, cuando se desvanecieron todas sus aspiraciones artísticas, fue a parar al negocio de Jack O'Rear.

Joe trajo el vaso de whisky y Gerard se lo quitó de las manos. Cuando estaba bebiendo se dio cuenta de que Jim apretaba tanto los puños contra la mesa que los nudillos habían adquirido un color blanco.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Susan Nelson creará que he sido yo.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Fue a mí a quien primero se le ocurrió preguntarle si su marido tenía algún seguro de vida.

—Es absurdo que pienses eso. Realmente, como ha dicho el fiscal, se han ido acumulando los indicios de tal forma que sólo necesitan una prueba para lograr que cualquier jurado la condene. Y ya conoces a Lereder. Está olfateando como un perro de caza y al final hallará la pieza que le sirva para completar una acusación perfecta. Después de todo, pienso que tiene razón.

—¿También tú crees que ella asesinó a su marido?

—Está claro como el agua, Jim. Esa mujer lo preparó todo con suma habilidad.

—Si el fiscal Lereder piensa como tú, los dos estáis locos de atar. Mi punto de vista sobre el caso es completamente distinto. William Nelson era un perfecto ciudadano y no se le conocía ningún enemigo, ni aquí ni en ninguna otra parte. Susan tenía que saber que si su marido moría de muerte violenta las sospechas recaerían sobre ella, máxime existiendo la póliza de vida de la cual era beneficiaria. ¿Te das cuenta, Gerard? Si ella lo hubiera querido matar lo habría hecho de otra forma. Hay venenos que no dejan huella y varios procedimientos de que una mujer puede valerse para deshacerse de su marido. Por ejemplo, simular un accidente. Vivían solos con una criada. Tenían otros dos empleados, pero éstos dormían en una casa aparte. Lo pudo asesinar haciendo que cayese sobre él cualquier objeto contundente... Tenían coche. Ella podía rogar a su marido que la llevase a cualquier sitio. Existen en los alrededores de Phoenix unos cuantos lugares donde un hombre puede despeñarse. A Susan le hubiese bastado un empujón. Aun existiendo la póliza, ni Lereder ni cualquier otro fiscal hubiese podido probar nada. Le habrían dado carpetazo al asunto y ella hubiese cobrado el dinero. ¿Por qué, pues, iba a utilizar una carga de dinamita? No, Gerard. Quizá sea yo más torpe que tú, que el fiscal y el teniente, pero no me cabe en la cabeza. Hice la pregunta sobre la póliza porque fue de esas cosas que te vienen a la memoria y las sueltas. Pensaba que podía existir otra persona beneficiaria o quizá quise saber en qué situación económica quedaba Susan después de muerto su marido. No lo sé. El caso es que con ello di

pie a un argumento para crear una hipótesis. Grayson dijo que hubiese investigado de todas formas, pero el caso es que yo precipité los acontecimientos.

—Es un condenado asunto —opinó Gerard—. Oigo al fiscal y al teniente y creo que tienen razón, y cuando te escucho a ti me digo que ellos se equivocan y que eres tú quien está en lo cierto. Es como una pesadilla, muchacho.

—La pesadilla será para Susan Nelson.

—Está bien. Será mejor que volvamos por el periódico —decidió el fotógrafo, levantándose.

—Ve tú ahora. Yo iré más tarde.

—Temple está esperando tu crónica y se disgustará si me ve entrar solo.

—Al diablo con el viejo. Tengo que pensar un rato todavía.

—Como quieras,

Gerard se buscó dinero en el bolsillo, pero su amigo le atajó y él hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y se fue.

Jim lo vio pasar junto a la ventana, refugiándose en la pared, y de nuevo la calle quedó solitaria.

Apuró su vaso de un trago, se puso en pie y dejó sobre la mesa una moneda de a dólar.

Al salir a la calle, unas gotas de lluvia le cayeron sobre el sombrero y se metió las manos en los bolsillos de la gabardina, quedando unos segundos indeciso sobre qué camino tomar. Al fin, dio media vuelta, alejándose en dirección contraria a la que había seguido Gerard. En su mente no había sitio más que para el caso de William Nelson. Se sintió intranquilo. Una voz interior le decía que aquello era lo que él siempre había deseado. Un caso en el que todos los caminos estuviesen interceptados y en el que habría que poner, para resolverlo, voluntad y astucia.

Habían transcurrido ya más de treinta y seis horas desde la muerte de William Nelson y la policía local se encontraba ante el hecho de que tenían que detener a la esposa o cruzarse de brazos. Ya habían elegido. Tarde o temprano, la señora Nelson ocuparía el banquillo de los acusados.

De pronto, se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo andando. Instintivamente, se había apartado de la calle Principal,

internándose por otra más estrecha, y yendo a detenerse ante el local de Henry Goodis. Era éste un bar de tercera categoría en el que había recalado muchas veces, cuando tenía sólo unos centavos en el bolsillo, cosa que, después de todo, ocurría con más frecuencia de la que deseara.

Entró en el establecimiento y tosió repetidas veces al encontrar el ambiente cargado de humo. El espacio era reducido y estaba lleno de un público alegre y chillón. En el mostrador se agolpaban también los parroquianos, pero, abriéndose paso con los codos, logró colocarse en un extremo, al que acudió Henry.

—Hola, Jim. Hacía tiempo que no te veía.

—He tenido un poco de trabajo. ¿Quieres ponerme un vaso de gin?

Henry, alto, estirado, de cara estrecha y ojos hundidos, escanció en un vaso.

—¿Qué tal el asunto de ese Nelson? —preguntó después—. Ya sé que te han encargado de la información. Leí esta mañana tu crónica en El Clarín.

A Jim no le gustaba que le preguntasen sobre sus trabajos y se limitó a encogerse de hombros en un gesto vago. Llamaron a Henry desde otro lado del mostrador y éste se marchó.

Murray sacó el paquete de cigarrillos y se dio cuenta de que sólo le quedaba uno. Lo sacó, arrugando el paquete que dejó caer en el suelo, y encendió.

—Es una lástima lo que le ha ocurrido a ese Nelson —oyó que decía otra vez Henry—, ¿Se sabe algo en concreto?

—No —prefirió mentir Jim.

—Bueno, no tiene importancia, pero hace un mes vino un fulano por aquí preguntando por Nelson.

Jim cobró súbito interés por las palabras de Henry. Levantó la mirada y preguntó:

—¿Quién fue?

—No lo conocía. Sería forastero. Sólo dijo que era viajante de artículos de lencería.

—¿Por qué preguntó por Nelson?

—Me enseñó una lista de las granjas que hay por los alrededores de Phoenix. Iba tomando nota de todas ellas para luego

visitarlas y ofrecer a las señoras sus artículos. Me preguntó si Nelson estaba casado, y cuando yo le dije que sí, quiso saber dónde estaba la granja, y yo se lo indiqué.

—¿No ha vuelto a venir por aquí?

—No.

—¿Cómo era?

Henry se quedó pensativo unos instantes, rascándose la barbilla, y, por fin, dijo:

—Rubio, de frente ancha, ojos claros y pómulos salientes. Llevaba una gabardina vulgar y un sombrero gris. Tenía una maleta en la que decía llevar los artículos. Quiso enseñármelos para colocarme alguno, pero casualmente mi mujer se había abastecido la semana anterior. Durante el dialogo bebió unas copas. Luego se marchó y ya no le he vuelto a ver.

—Gracias, Henry —dijo Jim rápidamente. Y después de dejar un dólar sobre el mostrador, giró sobre sus talones y ganó la calle.

Diez minutos más tarde penetraba en el hotel Comercial, de Phoenix, dirigiéndose hacia el hombre que había en el registro.

—Hola, Dick. ¿Cómo va eso?

—Ya ves, un poco aburrido —contestó el otro, un joven de unos treinta años, guapo y elegante—. Ya he visto que tienes trabajo.

—Es respecto a eso por lo que he venido.

—¿Sí? Dime qué puedo hacer por ti, Jim.

—Verás; tengo que localizar a un fulano. —Jim se acodó sobre el mostrador y prosiguió con voz suave—: Llegó a Phoenix hace cosa de un mes. Rubio de ojos claros, pómulos salientes... Un viajante de artículos de lencería. Quería visitar las granjas para ofrecer sus artículos a las señoras.

—No recuerdo —murmuró Dick—, y ya sabes que tengo buena memoria.

—¿Quieres echar un vistazo por si acaso?

—Claro que sí.

Dick abrió el libro y fue pasando páginas. De vez en cuando hacía un movimiento negativo con la cabeza. Finalmente, chasqueó la lengua y dijo, levantando la mirada:

—No, muchacho. No hay nada. Siento no poder ayudarte. Desde luego, hay otros hoteles en Phoenix...

—¿Quieres hacerme un favor, Dick? Ya sabes. Me está esperando el viejo. Teleponea a tus colegas preguntando por el individuo en cuestión y yo, mientras tanto, haré otras llamadas desde la cabina.

—Está bien. Lo haré por ti, Jim.

—Buen muchacho.

Jim palmeó al joven en el brazo, dio media vuelta y se dirigió hacia la cabina.

Una vez dentro, cogió la guía y buscó un número, el cual disco inmediatamente después de descolgar.

—¿Es la granja Katte...? ¿Quiere hacer el favor de avisar a Maureen?... Dígale que es de parte de Jim Murray, de El Clarín — el periodista sostuvo el auricular entre el hombro y la cabeza y fue a buscar el paquete de cigarrillos, recordando entonces que lo había terminado.

En aquel momento oyó que preguntaban al otro lado y se apresuró a contestar:

—¿Maureen?... Sí, soy yo, Jim... Escuche. Hace poco más o menos un mes la visitó un viajante de lencería. Necesito su dirección. La señora del juez se ha enterado y al parecer vendía los juegos a muy buen precio... ¿Que no ha recibido la visita de ningún viajante de lencería?... Bueno, quizá no lo recuerde... Era un tipo rubio, de ojos claros... ¿no?... De acuerdo, Maureen. La señora del juez se tendrá que quedar sin los juegos... Gracias... Adiós.

Salió de la cabina y vio a Dick que estaba hablando por el auricular. Le hizo una seña con la mano de que volvería y salió a la calle, comprando un paquete de tabaco en el bar de al lado. Cuando volvió a entrar en el hotel. Dick había terminado de llamar.

—¿Cómo ha ido eso, muchacho? —le preguntó.

—Nada de nada. He llamado a cinco hoteles de distintas categorías. Son casi los únicos que frecuentan esos viajeros. En ninguno de ellos me han sabido dar razón del individuo que te interesa. Siento no poder servirte, Jim.

Murray esbozó una sonrisa y repuso:

—Yo no, Dick. Te lo aseguro. Es la mejor noticia que me podías dar. Gracias, Dick.

El periodista giró sobre sus talones y se encaminó hacia la

puerta, mientras el hotelero le seguía perplejo, con la mirada.

Ahora Jim no se preocupó de la lluvia que caía. Caminó por la acera a grandes zancadas, y poco después penetraba en el edificio donde se ubicaban las oficinas de la Redacción de El Clarín de Phoenix. Subió en el ascensor al primer piso y después de cruzar un largo corredor abrió una puerta en la que destacaban sobre el vidrio esmerilado unas palabras: «Claude Temple. Jefe de Redacción». En el antedespacho se encontraban dos mujeres tecleando a máquina y Gerard Clair sentado en un banco. El fotógrafo se levantó de un salto cuando vio a Jim.

—¡Santo cielo! Por fin estás aquí. ¿Dónde demonios te has metido? Han estado llamando al bar de Joe. Nos la hemos cargado los dos.

—¿Tú por qué?

—¿Por qué va a ser? ¿No te lo he dicho? Esta mañana estuve en la granja y la viuda de Nelson me dijo que no podía ofrecerme ninguna foto de su marido porque no la tenía. No he podido conseguir ninguna.

—¿Ni siquiera la de casados?

—Tampoco se la hicieron. El no quiso.

Jim entrecerró los ojos y luego murmuró:

—Esto marcha, Gerard.

—¿Tú crees? —gimió el fotógrafo—. A veces, dudo si estarás en tu sano juicio.

De pronto, una puerta interior se abrió, dando paso a un hombre corpulento, de nariz achatada y orejas como soplillos.

—Todavía no han traído a ese... —empezó a decir, pero de súbito se interrumpió al descubrir a Jim. Entonces puso los brazos en jarras y exclamó sarcástica; mente—: De modo que ya se ha dignado venir por aquí...

—Aquí me tiene, jefe. ¿Me invita a pasar?

Temple parodió una reverencia versallesca señalando al fondo de su despacho:

—Claro que sí. No faltaba más. Pase usted, Jim... ¡Y usted también, Gerard!

Los dos jóvenes penetraron en la habitación y detrás de ellos lo hizo Temple quien, apenas traspuso el umbral, cerró dando un

terrible portazo.

—¿Ha traído su crónica, Jim? —preguntó mientras daba la vuelta a la mesa, deteniéndose junto al sillón.

—No hay tal crónica.

—Resuélvame este crucigrama, Jim. ¿Intenta volverme loco? Nos encontramos ante el suceso del año en Phoenix y les pongo a ustedes dos a trabajar en él. Un hombre muere asesinado por su esposa y, ¿qué hacemos nosotros? Nos hemos limitado a publicar una reseña del hecho con la misma extensión que la del partido de base-ball que se jugó el domingo entre las viejas glorias del Racing y el Club de los hombres gordos. ¿Y todo por qué? ¡Porque les he encargado a ustedes del asunto! Nuestro gran fotógrafo ni siquiera ha conseguido traer una foto de la víctima... ¡Ni una sola fotografía!... Me hubiera conformado con una de veinte años atrás... ¿Y usted, Murray? ¿Qué es lo que ha hecho hasta ahora? ¡Cualquier alumno de la escuela municipal lo estaría haciendo mejor!

—¿Ha terminado ya, Temple? —preguntó Jim, con voz ronca.

—¡No! —rugió el jefe de Redacción, descargando el puño sobre la mesa—. Falta decir lo más importante. ¡Si no rectifican ustedes pronto, les aseguro que tendrán que buscarse trabajo en otro periódico!

Gerard estaba nervioso y no hacía más que mirar a Jim, esperando que éste interviniese para calmar a Temple. Al fin, oyó que decía:

—Supongo, Temple, que usted deseará que sus hombres no se limiten a la rutina de la exposición de un caso. Siempre lo ha dicho. Desea que sus hombres empleen la cabeza.

—¿A qué viene eso ahora?

—Yo he empleado la cabeza en el asesinato de Nelson. Y le puedo decir unas cuantas cosas. Por ejemplo, que esa mujer es inocente.

Temple hizo un gesto de impaciencia.

—No se moleste en repetírmelo. Ya me lo ha contado Gerard. Es otra de sus corazonadas, ¿eh?

—No es ninguna corazonada. Hay un hecho que usted desconoce. Hace un mes un hombre que se hacía pasar por viajante

de lencería, preguntó por la granja de Nelson. Ocurrió esto en un bar poco céntrico, en el de Henry Goodis. —Jim hizo una pausa viendo que Temple prestaba gran interés a sus palabras—. Henry me lo contó. El fulano en cuestión dijo que estaba haciendo una lista de las granjas para exhibir sus artículos ante las señoras. Henry le indicó dónde se hallaba la granja de Nelson. Inmediatamente me he puesto a trabajar en el asunto. Primero he hecho una investigación acerca de los hoteles. He estado en el Comercial que regenta un amigo mío, Dick Mortimer, pero él no sabía nada del presunto viajante. Luego, Dick ha llamado a otros hoteles obteniendo el mismo resultado. Mientras tanto, yo me he puesto en contacto con Maureen Garat. Usted sabe que Maureen es una de las mujeres que se las arregla para estar al corriente de la vida de todas las personas que viven en un radio de veinte millas. Ella tampoco sabe nada del viajante de comercio. ¡Por lo tanto, ese individuo no exhibió sus artículos en ninguna granja!

Temple se dejó caer suavemente en el sillón. La estancia quedó sumida en silencio unos instantes.

—¿Nada más, Jim?

—Eso es todo por ahora.

—¿Qué se propone?

—Escuche mi hipótesis y luego le diré lo que pienso hacer. Ese hombre sabía que Nelson se hallaba aquí, pero ignoraba la situación de la granja. Por ello le preguntó a Henry Goodis. Portaba una maleta para hacerse pasar por viajante y, probablemente, la llevaría llena de artículos de lencería para el caso de que la necesitase. Debió dirigirse a la granja de Nelson y observó su ubicación. Entre su visita al bar y la muerte de Nelson ha transcurrido un mes. Supongamos que el viajante fuese el asesino, ha debido permanecer en Phoenix o en los alrededores durante estas semanas, hasta que dio el golpe, y si ha estado en una casa, hay alguien en Phoenix que ha tenido oportunidad de conocerlo en estos treinta días. ¡Por lo tanto, hemos de localizar a la persona que lo ha albergado y tendremos medio camino hecho!...

—Suponiendo que lo que dice tenga lógica..., ¿por qué ese viajante iba a matar a Nelson?

—Esa es otra cuestión y me parece que Gerard ha dado con algo que puede ayudarnos.

—¿Yo? —balbució Gerard.

—Exactamente —ratificó Murray—. No has podido encontrar una sola foto de Nelson. Su propia mujer te ha dicho que él ni siquiera quiso retratarse el día en que se casaron. ¿Por qué ese empeño en no dejar constancia de su rostro? Unan las dos piezas que tenemos, la relativa al presunto viajante y la no existencia de ninguna foto de nuestro granjero, y llegarán a la conclusión de que Nelson ha sido asesinado para satisfacer una venganza.

—¡Es fantástico, Jim! —exclamó Temple con las pupilas dilatadas.

—A partir de ahora, podemos estar seguros de que el hombre que hemos conocido como William Nelson tuvo en otro tiempo otro nombre y otra personalidad. Jefe, pido me autorice para continuar hasta donde sea. Quiero carta blanca. Tendré que salir de Phoenix y posiblemente del Estado. Estoy convencido de que el ovillo se encuentra muy lejos de aquí y he de ir a buscarlo.

Temple se quedó unos instantes pensativo, inmóvil, y de pronto hizo una mueca, rezongando:

—¡Por todos los infiernos! Ha conseguido casi embaucarme. Todo eso que nos ha contado no son más que historias. ¿Es que quiere que El Clarín de Phoenix sea el hazmerreír de todos los ciudadanos?

—¡Sé lo que digo y usted lo sabe también perfectamente! Y le voy a añadir una cosa. ¡Voy a hacer este trabajo por El Clarín o por la señora Nelson! ¡Elija usted ahora!

Las orejas de Temple adquirieron un fuerte color rojizo y de súbito se levantó, gritando enfurecido:

—¡De acuerdo, Jim! ¡Lo hará usted por El Clarín! ¡Escriba su primera crónica ahora mismo sobre lo que acaba de contar!

—Ni una palabra de eso —retrucó Jim—. ¿Es que quiere espantar la caza? Tendrá que seguir publicando las noticias de rutina como los demás periódicos. Para eso no me necesita a mí. Coja a Gary Fox y póngalo en mi lugar. Le bastará con ir a ver al fiscal o al teniente Grayson para estar al corriente todos los días de los avances del caso.

—¡Está bien! —asintió Temple, con los ojos brillantes de rabia—. ¡Pero salgan ustedes inmediatamente antes de que me arrepienta de lo dicho!

Jim sonrió y salió del despacho, seguido de su compañero.

Una vez fuera, Gerard dio un suspiro, comentando:

—De buena nos hemos librado.

—Tengo un trabajo para ti, Gerard. Has de ir por todas las casas de huéspedes preguntando por el sujeto que nos interesa.

El fotógrafo hizo un gesto compungido, mientras exclamaba:

—¡Y yo que quería ver esta noche a Marilyn Monroe por la televisión!... ¡Esto sólo me pasa a mí!

CAPÍTULO III

EVA STONE, pelirroja, de veintitrés años de edad, esbelta, de largas piernas, anchas caderas y cintura estrecha, salió a la calle y abrió el paraguas.

—¡Caramba, Eva! ¡Esta sí que es buena! —oyó que decía una voz a su lado, cuando se disponía a echar a andar.

Levantó la mirada y vio frente a ella a Jim Murray que le sonreía.

—Al fin has aparecido, ¿eh? —murmuró la joven—. ¡Pero esta vez no te vas a salir con la tuya!

Dio media vuelta y echó a andar, pero Jim la alcanzó y la hizo girar, impulsándola de un brazo.

—¿Qué demonios te pasa, Eva?

Ella apretó los labios con fuerza.

—¿Aún tienes el cinismo de preguntármelo? Esto empeora las cosas, pero te lo diré de todas formas. Hace exactamente ocho días que quedaste en venir a recogerme. —Eva añadió con voz de falsete—: ¿Es que no lo recuerdas, querido?

Jim se quedó unos instantes inmóvil e hizo chasquear dos dedos de la mano.

—Ahora comprendo tu actitud. Pero, ¿es que no te dieron la carta?

—¿Qué carta?

—Una que te mandé en la que te explicaba todo. Ha sido una verdadera lata, ¿sabes? Llegó mi prima Sally, de Tucson. No te puedes imaginar. Una niña insoportable.

Los ojos de Eva brillaron de malicia.

—Pues, según las noticias que tengo yo, no estaba mal del todo.

—¿Quién ha dicho eso?

—Te vieron dos o tres personas con esa primita tuya. Por lo visto, la supiste cuidar bien durante su estancia en Phoenix y en el Club Max no parecías tan fastidiado bailando con ella.

—Oh, Eva. Ya sabes cómo es la gente. Todo eso son puras habladurías. Ha sido una semana infernal, pero al fin, he conseguido librarme de ella y di un suspiro de alivio cuando la vi marchar en el autobús.

Jim recordó ahora a Marcia Enderson, la joven que ahora hacía pasar por su prima. Un sueño de criatura con todas las cualidades que él había soñado para una mujer. Había ido a Phoenix a pasar una semana con su familia y él la conoció en un bar. Le llamó la atención desde el primer momento que la vio, y a ella tampoco pareció desagradarle él, porque contestó a sus preguntas inmediatamente y así pudieron pegar la hebra. Siempre recordaría aquella semana, y cuando al fin llegó el momento de la partida porque Marcia tenía que volver a San Francisco, donde vivía con sus padres, Jim sintió que se le partía el corazón. Ahora veía que Eva esbozaba una sonrisa.

—¿Estás seguro que no te interesaba tu prima?

—Claro que no —la asió del brazo y la hizo andar, mientras decía—: Verás lo que vamos a hacer. Iremos al restaurante de Luigi. Será como si esta semana no hubiera existido.

A partir de entonces, todo fue bien. Llegaron al restaurante, tomaron posesión de la mesa, hicieron el pedido y comieron con verdadero apetito, diciéndose cosas y sonriendo. Él quería que fuese ella quien sacase a relucir la cuestión, pero ya llevaban unas horas juntos y Eva no había hablado para nada de la muerte de William Nelson. Realmente, aquella chica era un poco tonta. ¿Es que había algo más interesante en Phoenix que el misterioso fin del granjero?

Eva sacó un lápiz de labios y un espejo y se retocó, en tanto preguntaba:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Jim?

Jim tabaleó con los dedos sobre la mesa, un poco nervioso.

—Quisiera llevarte a bailar, pero no sé si podré.

—¿Por qué?

—Ya sabes. Lo de ese Nelson. La Redacción se ha convertido desde ayer en una olla de grillos. Es un asunto bastante enrevesado.

—¿Enrevesado? —murmuró ella con voz ausente, contemplándose ahora los ojos en el espejo—. Según tengo entendido está bastante claro. Su mujer lo mató para cobrar el seguro de vida.

Jim decidió correr el albur y dijo:

—No creo que haya sido ella. Hubiese obrado con bastante ingenuidad. Además, he sabido que ha estado rondando por Phoenix un fulano que preguntó por Nelson. Por los datos que llevo recogidos, el individuo en cuestión debió de permanecer en Phoenix por lo menos durante cuatro semanas. Naturalmente, él debe ser el asesino.

Eva guardó el espejo y el lápiz en el bolso y se acodó en la mesa, inquiriendo:

—¿Por qué había de querer matar a Nelson?

—Porque Nelson, antes de venir a Phoenix, debió llevar una vida bastante compleja. Probablemente se relacionó con gente de mala ralea, y ahora le han hecho pagar alguna deuda pendiente.

—Lees demasiadas novelas policíacas.

—Eso es lo malo. Que nadie me creerá. Por ello eres tú la primera persona a quien informo sobre el particular. —Jim pasó la yema del dedo por encima del mantel y prosiguió, como si hablase distraídamente—: Ahora trato de buscar algún asidero. Es mejor usar la lógica. Si fuese cierto lo que yo digo, ese individuo estaría relacionado con alguien de fuera, en cuyo caso, durante el mes de estancia en Phoenix, sostendría algunas conferencias telefónicas.

Los ojos de Eva adquirieron un brillo de dureza.

—¿Qué quieres sugerir, Jim?

—Al fin y al cabo, ¿qué culpa tengo yo de que tú estés trabajando como telefonista en la sección de conferencias?

—¿Con que era eso? ¡Has venido por mí y me has invitado a cenar para sonsacarme!

—Tienes una mente fantástica, Eva. Ni siquiera había caído en ese detalle. Ha sido ahora, hablando del asunto de Nelson, cuando

se me ha ocurrido.

—¡Grandísimo embustero! —exclamó furiosamente ella.

—No tienes que ponerte así, querida. La cosa ha sido como te lo he contado.

Eva inspiró profundamente y replicó:

—Está bien. No sé por qué lo hago, pero ya tendré tiempo de arrepentirme. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Ya te lo he dicho. Existe ese hombre, pero no sé cómo se llama ni dónde se albergó. Eres la única persona que puede darme la pista que necesito. ¿No recuerdas alguna solicitud de conferencia que se haya repetido con alguna frecuencia durante el último mes?

—Es más difícil de lo que parece.

—Lo comprendo, Eva, pero has de hacer un esfuerzo.

La joven se quedó mirando a un punto por encima de la cabeza de Jim.

—Mi turno empieza a las doce, y termina a las ocho. A partir de las dos es cuando más peticiones de conferencia se hacen. Hay momentos en que parece que una se va a volver loca. Hay quien acostumbra solicitar una conferencia todos los días a la misma hora. Tienes el caso de Chris Gordon, el agente de Bienes Raíces. Se ha encargado de la venta de una colonia veraniega en Maricopa y desde hace tres meses habla a esa hora para saber cómo van las obras o para discutir con los capitalistas. Luego están la Compañía Consolidada que conferencia cada seis horas con Nueva York, las del Banco de la Unión con sus sucursales del Estado, la diaria de Jack Salomón con esa jovencita que tiene instalada en Sonora, la de Rex Parker con su hijo, que está haciendo el servicio militar en Yucca. ¡Espera, Jim...!

—¿Qué ocurre?

—¿Dices que ha sido durante el último mes?

—Sí, poco más o menos.

—He oído cuatro o cinco veces una voz que me ponía nerviosa. Al terminar las frases, colocaba la palabra «preciosa»... «Conferencia con Chicago, preciosa.» «¿Me dice los minutos, preciosa?»

—¿Cuándo fue la última vez que oíste esa voz?

—Fue anteayer. Lo recuerdo porque se me había infectado un

pinchazo que me hice en una uña con la aguja. Me dolía mucho y cuando me soltó lo de preciosa, lo mandé al Congo, mentalmente.

—¡Puede ser nuestro hombre, Eva!

—¿Qué quieres que haga?

—Necesito saber desde dónde llamaba y a quién llamaba de Chicago.

—Pero eso está prohibido, Jim.

—Ya lo sé, pero también hay muchas otras cosas prohibidas, por ejemplo, que un inocente cargue con la culpa de un asesino. Tienes que creerme, Eva. Esa mujer está completamente perdida si no presento pruebas al fiscal de que fue otra persona quien asesinó a William Nelson.

Eva se levantó de mala gana, diciendo:

—De acuerdo, Jim. No sé cómo te las arreglas para convencerme siempre —le apuntó con el dedo índice y añadió—: ¡Pero un día de éstos me voy a cansar y entonces me las pagarás todas juntas!

Jim sonrió, viéndola cruzar el salón en dirección a la puerta.

Fumó un par de cigarrillos antes de que volviera. Cuando lo hizo, la joven se sentó despaciosamente, indicando:

—¿Quieres pedir un whisky para mí, Jim?

Llamó al camarero e hizo el pedido.

—Claro que sí.

—¿Un cigarrillo? —inquirió ella.

Jim le ofreció el cigarrillo y la llama del encendedor.

Eva arrojó la primera bocanada de humo y se observó la uña ligeramente amoratada que se había infectado días antes.

—¡Por amor del cielo, Eva! ¿Es que quieres acabar con mi paciencia?

—De acuerdo, Jim. El teléfono desde el que llama ese individuo está a nombre de Curt Shore y vive en el 24 de la calle Cráter.

—¿Con quién ha mantenido las conferencias?

—Siempre con el mismo número: State 2-0422, de Chicago. Corresponde a un local nocturno llamado El Paraíso.

Jim se levantó de un salto.

—¡Eres única, Eva!

—¿De veras? Y por eso me vas a dejar sola.

—He de comprobar todo eso que me has dicho, antes de que se enfríe. ¿Me prometes que no hablarás a nadie de todo esto?

—¿Tú qué crees? —gimió ella—. Si se enteran me despiden...

Jim dio la vuelta a la mesa, agachándose y cogió la barbilla de la joven, obligándola a levantar la cabeza.

—Te estaré agradecido siempre, querida.

La besó en la comisura de los labios, sacó unos cuantos billetes del bolsillo y los dejó sobre la mesa.

Salió a la calle. Vio un taxi libre y se metió en él dando al conductor la dirección de la calle Cráter. Sabía que ésta se encontraba en las afueras, pero hacía mucho tiempo que no iba por allí. El chófer soltó unas cuantas maldiciones cuando el vehículo empezó a dar saltos y a bambolearse mientras pasaba por enormes baches que no acertaba a esquivar con la luz de los faros, porque aquéllos eran tan numerosos como los agujeros en un queso de gruyere. Al fin, el conductor detuvo el coche y volvió la cabeza hacia Jim, diciendo:

—Lo siento, señor, pero no puedo seguir o de lo contrario me quedaré sin coche.

—No se preocupe, continuaré andando. —pagó al conductor el importe de la carrera, añadiendo una buena propina, y saltó fuera.

La calle estaba muy oscura y cuando el coche se echó atrás y se marchó ronroneando, la oscuridad fue mucho mayor.

Jim había visto que se encontraba ante el número 10 de la calle, de modo que continuó caminando por la acera contando las puertas y, al fin, llegó a su destino.

A la luz del encendedor leyó las pequeñas plaquitas que había a la derecha de la puerta. En una de ellas descubrió el nombre: «Curt Shore; segundo piso.» Pulsó, el timbre y esperó. Transcurrieron tres minutos sin que nadie respondiese y volvió a llamar. Al fin, oyó un lejano ruido y poco después la puerta se abrió. Se coló dentro y subió por una escalera cubierta por una raída alfombra. Se detuvo en el primer piso, inspiró profundamente y continuó subiendo. Al llegar a la segunda planta vio una puerta abierta y, apoyado en la jamba, a un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, de pelo gris, ojos brillantes rodeados de grandes bolsas, nariz chata y boca en forma de hoz. Estaba en mangas de camisa, una camisa que necesitaba un lavado desde hacía varias semanas.

—¿Quién es usted? —preguntó Shore, midiéndole de pies a cabeza.

—Inspector de teléfonos —contestó Jim, con voz resolutiva—. Vengo a hacer una inspección. ¿Puedo pasar?

Mientras hacía la pregunta casi se había colado dentro y Shore se apartó, diciendo:

—Claro que sí. Entre si quiere.

Jim se encontró en un cuarto de pobre iluminación y más pobremente amueblado. Un viejo sillón mostraba un par de muelles por debajo. A la izquierda había un corredor y en su centro, como era costumbre en las casas antiguas, vio el teléfono.

Siguió por el pasillo seguido de Shore y cogió el auricular:

Marcó el 03 y dijo:

—Señorita... Sí, sólo era una comprobación... Aquí, Bill... Gracias...

Naturalmente, la señorita que habló a la otra parte no sabía nada de lo que él decía. Jim cortó la comunicación y marcó ahora el 09.

—Señorita... Sí, todo va bien...

Puso el auricular en su sitio y se volvió. El pasillo era muy estrecho y Shore tuvo que salir antes que él a la habitación que había en la entrada. Jim dio un suspiro y se dijo a sí mismo que ahora era cuando tenía que mostrar toda su serenidad, sacó una libretita del bolsillo y se dejó caer en el desvencijado sillón sin pedir permiso. Shore estaba de pie, enfrente, y no podía ver que la página de la libretita que él apoyó en sus rodillas, después de cruzar las piernas, estaba completamente en blanco.

—Sí, aquí está... —empezó a decir— Curt Shore. Carter, 24, segundo piso, teléfono Madison 6767. El caso es que su teléfono va bien.

—¿Es que tenía que ir mal?

—Verá —repuso Jim, levantando la mirada—. Pertenezco al departamento de comprobación. Es un trabajo pesado, no se vaya a creer. Todo el día subiendo y bajando escaleras. La mayoría de las veces no podemos utilizar el ascensor porque tenemos que ir de planta en planta. Sólo subimos en la jaula al último piso y luego hemos de utilizar las piernas.

—Bueno, ¿de qué se trata?

Jim volvió a mirar la hoja que tenía delante y le espetó:

—Ha sostenido usted últimamente bastantes conferencias telefónicas con Chicago. ¿Es cierto?

—¿Y qué? ¿Es que está prohibido?

—En absoluto, señor Shore. Usted puede hablar con quien quiera. Es un derecho de todo ciudadano, pero mi departamento se encarga de verificar ciertas peticiones cuando el abonado no tiene por costumbre sostener conferencias a larga distancia. —Jim pensó que, después de todo, aquel hombre no tenía aspecto de irle muy bien la vida, y que el teléfono sería para él un lujo más que otra cosa. Ahora lo miraba en silencio y decidió machacar—: Ya sabe, a veces el automático no va bien. ¿No le ha ocurrido nunca marcar un número y salir otro? A usted se le ha pasado casi siempre el recibo limpio de cualquier gasto extra, y ahora surgen de pronto unas cuantas conferencias con Chicago. La compañía ha querido cerciorarse de que verdaderamente se había llamado desde aquí.

—Sí, fui yo. Tengo una hermana enferma en Chicago y he llamado para informarme del curso de la enfermedad.

Los dos hombres se miraron fijamente.

Jim se dijo que no podía profundizar más porque de lo contrario se descubriría ante Shore. Cerró la libreta y volvió a guardarla en el bolsillo mientras se incorporaba.

—Gracias, señor Shore. Ha sido usted muy amable.

Shore sostuvo la puerta abierta y emitió un gruñido a guisa de despedida cuando él inició el descenso por la escalera.

Al llegar al primer piso pulsó el timbre de la puerta izquierda y, mientras esperaba, oyó que se cerraba la de Shore. De pronto se abrió la que tenía ante él y apareció en el hueco una mujer de unos sesenta años de edad, vestida con desaliño.

—¿Qué quiere? —le preguntó.

—¿Conoce al señor Shore? —Jim habló en voz baja—. Es vecino suyo.

—Sí. ¿Qué quiere?

—Soy agente de ventas de la casa El Mundo a su Alcance. El señor Shore pretende comprarnos un aparato de televisión a plazos y hemos de informarnos sobre su solvencia económica.

La vieja soltó una risita que pareció le venía de los talones.

—¿Ese gorila quiere un aparato de televisión?

Jim sacó dos billetes de a dólar del bolsillo, mientras decía:

—Naturalmente, nosotros sabemos corresponder a los favores de nuestros informantes.

—Pase usted, señor...

—Dimitri. John Dimitri.

Jim entró en la casa y cerró a sus espaldas. Se encontraba en una habitación de las mismas características que la que acababa de conocer arriba. Un gato dormitaba encima de una mesa camilla, otro maullaba restregándose contra las piernas de su dueña, y un tercero jugueteaba con el flequillo de una cortina que había perdido su color en los años de la guerra civil.

—¿Qué quiere saber del señor Shore? —ofreció la vieja, quitando a Jim los dos dólares de la mano.

—Todo lo que sepa.

—Es un buen punto. Trabaja desde hace ocho años en un matadero y todo lo que gana se lo gasta en beber y en jugar. Cada vez que me lo encuentro por la escalera me tengo que aplastar contra la pared porque uno no sabe nunca cuándo va borracho.

—¿Qué me dice de sus compañías?

—Siempre se junta con gente de su calaña. Sin ir más lejos, he visto subir muy a menudo a un sujeto de aspecto raro.

El corazón de Jim aumentó el ritmo de sus latidos.

—¿Cómo es ese hombre?

La vieja dio un puntapié al gato faldero.

—¿Quieres estarte quieto, «Policarpo»?...? ¿Qué decía usted...? Oh, sí... Ese hombre... —se mordisqueó una uña y luego explicó—: Era bastante alto, rubio, de cara huesuda...

—¿Sombrero?

—Sí, un sombrero gris.

—¿Y el traje?

—El traje no se lo he visto nunca. Siempre lleva una gabardina:

—¿Lo ha visto con algún objeto en las manos?

—Sí, un par de veces lo he visto con una maleta.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Anteayer, muy de mañana, oí un portazo. Yo casi nunca duermo. El asma, ¿sabe? Estaba acostada y me levanté y vine corriendo aquí para echar un vistazo. Abrí la puerta. Lo vi bajar solo.

—¿A Shore?

—No. A ese rubio. Debía marcharse ya, porque no lo he vuelto a ver.

—Gracias, señora... ¿Cómo he de llamarla?

—Vera, Howen. Supongo que no le darán el aparato de televisión, ¿verdad?

—De ninguna manera. Shore pertenece a una clase de clientes de los que nosotros huimos. Esté usted tranquila, señora Howen. Por cierto, ¿tiene usted teléfono?

—Sí, señor. Fue cosa de mi marido. Murió hace cinco años, pero yo continué con él.

—De acuerdo. Si el señor Shore pregunta por la visita que le he hecho, dígle que soy un inspector de teléfonos que ha venido a revisar su aparato.

—Descuide. Si me pregunta algo, lo mandaré al infierno.

Jim descendió el último tramo de peldaños y salió a la calle, emprendiendo el camino hacia el centro de la ciudad.

CAPÍTULO IV

JIM MURRAY terminó de hacer el relato de sus correrías y esperó una respuesta de Claude Temple.

El jefe de Redacción lo miró fijamente durante unos instantes y, al fin, dijo:

—Todo eso está bien, Jim. Reconozco que ha hecho un buen trabajo, pero después de todo su pista puede resultar falsa.

—¿Es ésa la conclusión que saca de todo ello? ¡Si está tan evidente que no admite duda! El asesino de Nelson es ese rubio. Se refugió durante estas cuatro semanas en casa de Curt Shore desde donde estuvo planeando el golpe. Luego, cuando lo tuvo todo preparado, quitó de en medio a Nelson y se largó.

Temple empezó a pasear por la habitación.

—¿Cómo puede probar que fue ese rubio, Jim? —se volvió hacia el reportero mientras se pasaba el dorso de la mano por la barba—. El fiscal Lereder se carcajearía de usted, de mí y de El Clarín de Phoenix.

—Están las llamadas a ese local nocturno de Chicago, El Paraíso.

—¿Y qué? Cualquier ciudadano puede llamar al número que le parezca y mantener una conversación telefónica con El Paraíso de Chicago o con el Stork de Nueva York. Compréndalo, Jim, no es tan fácil como cree.

—Lo sé y sólo hay un camino a seguir, Temple. Dentro de una hora sale un avión para Chicago. ¡Quiero marcharme en él!

—¿Qué dice? ¿Se ha vuelto loco, Jim?

—Ya le advertí que en este asunto habría que llegar hasta las

últimas consecuencias. Estaba claro desde el principio que el negocio no se había cocido aquí.

—No puedo correr ese riesgo, Jim.

—¿Por qué no? Puede usted convencer al director. Una sola palabra suya y mi viaje quedará completamente justificado. Le aseguro que vale la pena, Temple. Me da en la nariz que nos encontramos ante el reportaje del año, y no lo va a ser sólo para la ciudad de Phoenix o el estado de Arizona, sino para todo el país.

—Frene un poco, muchacho. Yo ya hacía periodismo cuando usted estaba en pañales y, por ahora, no veo en este asunto ningún aspecto que le permita hablar así.

En aquel instante llamaron a la puerta y Temple autorizó la entrada.

Era Gary Fox, un joven de la misma edad de Jim, de rostro bien parecido y mucha pose. Saludó a Temple y, al percatarse de la presencia de su compañero, dijo:

—Oh, eres tú, Jim... Siento te hayan tenido que quitar el caso.

—No te preocupes —respondió Murray—. Al fin y al cabo, tú eres mejor que yo.

—¿Qué noticias trae, Gary? —preguntó el jefe de Redacción.

—El fiscal acaba de encontrar lo que buscaba para completar la acusación contra la señora Nelson.

Temple y Jim miraron ávidamente a Gary.

—Suéltelo de una vez, muchacho —apremió Temple—. ¿De qué se trata?

—Hay otro hombre, jefe.

Temple dirigió una mirada a Jim, murmurando irónicamente:

—El triángulo, ¿eh? Eso ya está mejor. Debíamos haberlo pensado desde el principio. Continúe, Gary.

—Se ha hecho un registro en la casa y han encontrado tres cartas en un cajón que Susan cerraba con llave, donde guardaba sus cosas personales. Todas ellas las recibió en el transcurso de los últimos cuatro meses. Las escribió un individuo de Los Ángeles llamado Spencer Nicol. El fiscal las ha leído y no ha querido soltar prenda. Pero cuando nos ha hecho entrar a los periodistas hace cosa de una hora, las ha golpeado en la palma de la mano y nos ha dicho: «Señores, pueden ustedes anunciar en sus respectivos

periódicos que el fiscal ha completado ya su trabajo.»

En la estancia reinó un silencio. Jim Murray se había quedado inmóvil como una estatua.

—De acuerdo, Gary —dijo al fin Temple—. Se ha portado como los buenos. Redacte inmediatamente una crónica con todo eso y procure salpicarla con detalles emocionales. Dé a entender la existencia de un turbulento amor. Eso siempre gusta a los lectores.

—Así lo haré, señor Temple.

Gary giró sobre sus talones y, sin dirigir la mirada a Jim, salió del despacho.

—Bueno, Jim —murmuró Temple—. No ha tenido usted suerte.

—¡Y un cuerno! —exclamó Murray—. ¿Va a creer usted también esa zarandaja?

—Es mucho más convincente que la suya. Al menos, hay algo a que agarrarse. Si el fiscal dice que ha terminado su trabajo, es porque esas cartas son altamente comprometedoras para Susan Nelson.

—¿Y qué, si ese Spencer Nicol estaba enamorado de Susan? Después de todo, es una cosa corriente. Ella es una mujer hermosa. Muchos hombres se habrían enamorado de ella.

—¿Hasta el punto de hacerle perder la cabeza? Sí. Yo le daré respuesta a esto. Nicol estaba enamorado de Susan y a su vez era correspondido. Ella resistió algún tiempo, mientras le ha sido posible, pero, al fin, se le metió en la cabeza la idea de recobrar su libertad para poder casarse con el hombre que quería...

—Para eso existe el divorcio. ¿Por qué no se separó de Nelson?

—Hay un motivo suficiente, El dinero. Sí, Jim. Esos papelitos que emite la Tesorería de Estados Unidos y tras los que andamos locos todos. Usted, yo, Susan Nelson y Spencer Nicol. Sólo que nosotros utilizamos para conseguirlos unos procedimientos legales, y ellos no han vacilado en traspasar la divisoria de la ley, llegando al asesinato.

Jim se levantó, cada vez más irritado.

—Pero, ¿es que no le dice nada mi trabajo, jefe? ¿No tiene bastante con la existencia de un falso viajante que ha permanecido cuatro semanas en nuestra ciudad sin exhibir sus artículos?

—Pudo caer enfermo.

—La señora Howen se lo encontró varias veces por la escalera en el transcurso de esos días y, además, ¿por qué Curt Shore mintió respecto a las conferencias telefónicas? ¿Por qué explicó que había hablado con Chicago para informarse de la enfermedad de su hermana?

—¿Y por qué no había de ser cierto? Su hermana podía trabajar en el local nocturno o, bien, una tercera persona le informó sobre el curso de la enfermedad.

—¿Y el rubio de la cara huesuda? ¿Dónde lo coloca?

—¡Ya salió otra vez eso! —rugió Temple.

—Está bien, jefe. No discutamos más. Me presto a una transición. Usted me da una semana de plazo y yo me voy a Chicago a continuar la investigación. El servicio queda cubierto, ya que tiene a Gary. El periódico estará bien informado. ¿Para qué me necesita usted aquí? Corra ese riesgo y yo también lo correré. Si transcurrido ese plazo no he conseguido nada, cojo la maleta y me vuelvo a Phoenix.

Temple vaciló unos segundos y, finalmente, apretó los labios y dijo:

—Corriente, Jim. Iré a Chicago, proseguirá su investigación y tendrá una semana para rendir cuentas. Pero métase esto bien en la cabeza. Si su corazonada no da resultado... ¡No vuelva a Phoenix!

Jim hizo un movimiento afirmativo y cogió la mano que Temple le tendía.

—Pase por la caja, Jim. Daré orden de que le entreguen doscientos dólares para los gastos... No sé si es que me estoy haciendo viejo. Pero me he portado muy débilmente con usted.

Jim sonrió mientras abría la puerta.

—Y métase eso usted también en la cabeza, jefe. ¡Volveré a Phoenix!

Luego salió fuera y cerró tras de sí.

CAPÍTULO V

—SÍRVAME un whisky doblé —contestó Jim al patilludo camarero que se había dirigido a él al tomar posesión de uno de los taburetes que había ante la barra de El Paraíso, de Chicago.

Luego se volvió con el vaso entre las manos para echar un vistazo al local. Las mesas, muy separadas unas de otras, estaban ocupadas por una brillante clientela. Pecheras blancas, trajes de frac, vestidos de noche que dejaban al descubierto blancos hombros... Sí, no cabía duda de que el dueño de El Paraíso podía sentirse satisfecho. En el centro, como en todos los locales de su género, había una pista circular donde unas cuantas parejas se arrastraban al ritmo de un fox lento que interpretaban cinco músicos de aspecto cansado.

—¿Se divierte? —preguntó una voz al lado de Jim.

El joven ladeó la cabeza, observando a una mujer de unos veintitrés o veinticuatro años, de grácil figura y rostro bello, que le miraba sonriente con sus hermosos ojos negros, un poco almendrados.

—Bastante —contestó él.

—Es usted, entonces, un hombre afortunado.

—¿Por qué?

—Se contenta con poco. Un vaso de whisky y ya está todo conseguido.

—Bueno, quizá sea la costumbre. En mi pueblo hay pocas oportunidades de pasarlo bien de otra forma.

—Debe de ser un pueblo interesante.

—Verá —dijo él, y puso el vaso en el mostrador—: ¿Ha oído

hablar alguna de Oskaloosa, en Iowa?

—Puede estar seguro de que no.

—Soy el secretario del club local de los Buenos Muchachos.

—Ya entiendo. Lo que se dice un vivo.

—Oh, no, no lo interprete mal, señorita...

—Llámeme Dinah.

—Le estoy hablando en serio, Dinah. Existe Oskaloosa, existe un club de buenos muchachos...

—Y ya veo que usted también existe.

Jim sonrió.

—Por lo visto, es usted de esa clase de chicas difíciles de convencer.

—Quizá con una copa empiece a admitir algo.

—¿Es su trabajo?

—Y no se imagina lo pesado que es. Usted es un cliente de los buenos.

—¿En qué lo ha notado?

—Basta oír hablar un minuto a cada uno de ustedes para saber cuáles son sus intenciones. Usted quiere pasarlo bien, aunque le arañe un poco la cartera.

—Caramba, Dinah. Empieza usted a embalar. Pero como ha acertado el pleno no alarguemos más el preámbulo. ¿Qué quiere tomar?

—Lo de usted. Me es igual.

El patilludo estaba detrás de ellos y Jim sólo tuvo que girar unas pulgadas para que el otro se pusiera en movimiento.

—Por el club de los Buenos Muchachos —brindó Dinah, levantando el vaso cuando lo tuvo en la mano—. Y porque usted siga disfrutándolo.

Después de beber, Jim propuso:

—¿Qué le parece si damos unas vueltas por la pista?

Dinah afirmó con la cabeza y, poco después, él la enlazaba por la cintura y se deslizaban sobre el piso encerado.

—Buen negocio el de su jefe —murmuró Jim, al oído de la hermosa mujer.

—No está mal.

—¿Acaso están reñidos?

Dinah se separó un poco de él y lo miró a los ojos, preguntando:

—¿Qué le hace suponer eso?

—El tono que ha empleado para referirse al negocio.

Ella esbozó una sonrisa.

—Esto no es Oskaloosa. Debiera saber que aquí muchas veces el tono no significa nada. Una dice: «¿Cómo estás, querido...?» con la voz más persuasiva e interiormente está deseando que a la persona en cuestión se la trague la tierra. Naturalmente, no lo digo por mí. Se trata de una simple experiencia.

Los músicos habían terminado de interpretar el fox lento y daban comienzo a un mambo.

—Demasiado movido para mí —dijo Jim—. ¿Qué le parece si nos sentamos a una mesa?

—Encantada, buen muchacho.

Tomaron posesión de una de las pocas mesas que se encontraban vacías. Luego vino el camarero y ambos pidieron lo mismo: whisky.

—Aún no me ha dicho cuál es su nombre —apuntó Dinah.

Jim no encontró ningún inconveniente en decir el suyo verdadero.

—Jim Murray.

—¿Por muchos días en Chicago, Jim?

—Seguramente serán más de tres —repuso él—. He venido comisionado para comprar un gimnasio para nuestro club. Ya sabe. Es necesario que elija bien y tendré que visitar unas cuantas casas del ramo.

En aquel instante una sombra se proyectó sobre la mesa y Jim volvió la cabeza, contemplando a un hombre cuyo aspecto desentonaba con el de la mayoría de los clientes. Frisaba en los cincuenta años de edad y, aunque su traje estaba limpio, se veía que habían pasado por él varios inviernos.

—Buenas noches, señorita Carson... —balbució, mirando a Dinah.

Jim vio que ésta fruncía el entrecejo.

—Por el amor de Dios, Glen. ¿Qué hace aquí? —la joven se levantó de pronto y dijo a Jim—: Perdone, señor Murray. En

seguida vuelvo.

Se acercó al llamado Glen y lo asió del brazo, dirigiéndose ambos hacia la salida. Antes de llegar a ella, un hombre de etiqueta, alto, bien parecido, con el cabello brillante y una gardenia en el ojal, los detuvo en el camino. Hubo un cambio de palabras entre ellos y el último en hablar fue el del pelo brillante. Luego, Dinah y Glen reanudaron la marcha y desaparecieron por la puerta.

Jim siguió con la mirada al de la gardenia, el cual sostuvo unas palabras con el patilludo del mostrador y más tarde entró por una puerta que había al fondo y que cerró tras él.

El periodista encendió un cigarrillo y cuando lo tenía por la mitad volvió Dinah.

—¿Algo grave? —preguntó él.

—Oh, no. Carece de importancia.

—No le ha gustado al jefe.

—¿Qué jefe?

—El tipo de la flor en la solapa.

—¿Son tan observadores los otros Buenos Muchachos de Oskaloosa?

—Unos más y otros menos, pero nunca nos han tomado por tonto.

—Sí, es el jefe, John Landy.

—Y no le gusta que venga por aquí Glen.

Ella no dijo nada y entonces él preguntó:

—¿Glen es su padre?

—Oh, no. No me une a él ningún parentesco. ¿Por qué está haciendo tantas preguntas, señor Murray?

—Me ha llamado la atención el incidente. Olvídelo.

Luego hablaron de cosas que carecían de interés para Jim. Se había dado cuenta de que la chica era lista y si intentaba profundizar en el terreno a que él quería llevarla podía echarlo todo a perder. A las dos de la mañana Dinah le dijo que se encontraba muy cansada. Jim quiso acompañarla, pero ella no lo consintió y se despidieron allí mismo.

Una vez Jim en el hotel de tercer orden en que se alojaba, mientras se cepillaba los dientes, se decía que el balance de su primer día en Chicago era desconsolador. Se prometió que al día

siguiente las cosas presentarían mejor cariz. Pero se equivocó al respecto. Veinticuatro horas más tarde, en la misma actitud frente al espejo, se decía que había sido un estúpido al pedir a Claude Temple le concediese siete días para proseguir la investigación en Chicago. Aquella noche había resultado aún peor que la anterior. Bebió, bailó y conversó con Dinah. No lo pasó mal, ésa era la verdad. La muchacha dio nuevas muestras de su agudeza e ingenio al tratar diversos temas, pero él no había conseguido adelantar un solo paso en el asunto para cuya resolución había recorrido dos mil millas desde su casa.

Y llegó la tercera noche. Cenó en un automático, vio un programa de documentales en un cine y alrededor de las once se dejó caer por El Paraíso. Había quedado citado con Dinah a las diez y media y, aunque pasaba media hora la vio sola de pie, al otro extremo del mostrador.

—Por fin has venido —dijo ella.

—¿Has tenido que espantar muchos moscones?

Jim contempló a la joven. Se había puesto un vestido distinto a los de las anteriores noches. Era de un color negro brillante y contrastaba con su carne blanca haciéndola más sugestiva.

—Estás preciosa, Dinah.

Se tuteaban desde la noche anterior y Jim había de reconocer que existía más confianza entre ellos que si se hubiesen conocido de toda la vida. El pidió el whisky de rigor para ambos y después de beber salieron a la pista.

—¿Cómo va ese gimnasio, muchacho?

—Creo que lo elegiré mañana.

Ella le miró fijamente a los ojos.

—¿No podías ver antes algún otro modelo? En Evanston, un poco al norte, a unas cincuenta millas de Chicago, hay muchas fábricas que se dedican a esos artículos.

Él le agradeció la sugerencia. Deseaba que se quedara todavía. ¿Y si le contase a ella la verdad de por qué estaba allí? ¿No sería más fácil? Pero no, no debía hacerlo. Al fin y al cabo, una cosa era bailar y beber un poco, y otra pretender que ella traicionase a su jefe. De pronto oyó que le decía:

—Pero, Jim. El tango ya ha terminado... Esto es un bolero.

—Oh, perdona. El caso es que estoy un poco cansado. ¿Te da igual que nos sentemos?

Se dirigían hacia una mesa cuando un botones se les acercó.

—Señorita Carson...

—¿Qué quieres, Nick?

—Una mujer ha llamado preguntando por usted. Le dije que esperase y no quiso. Dejó un recado. Dijo que fuese usted a la calle Joliet. Que usted ya sabía el número.

—Gracias, Nick.

El botones se marchó y la joven indicó a Jim:

—Ya lo has oído. Tengo que marcharme.

—Te acompañaré.

—Oh, no debo permitirlo. Puedes divertirte sin mí.

—No digas tonterías. Quizá sea mi última noche en Chicago. Mañana a estas horas puedo estar muy lejos de aquí.

Jim había visto de pronto ante sí una oportunidad. La de sonsacar a Dinah lejos de allí, de El Paraíso. Podía ocurrir que la atmósfera de éste la mantuviese fiel a Landy y a todo cuanto aquello significaba para ella. En cualquier otro lugar podría encauzar la conversación por los derroteros que él deseaba.

La joven vaciló todavía unos instantes y, por fin, accedió:

—Está bien, Jim. Pero ve tú antes. Espérame en la segunda parada del autobús a la izquierda. Nos tienen prohibido que salgamos con los clientes durante las horas de trabajo. Yo tardaré unos diez minutos.

—De acuerdo. Estaré esperándote.

Jim recogió su abrigo del guardarropa y salió a la calle, encaminándose al lugar donde Dinah le había indicado.

Una niebla espesa y húmeda impedía ver a más de tres yardas. Las luces de los faroles prestaban un motivo de irrealidad a la escena. Los transeúntes surgían inopinadamente y volvían a desaparecer como si caminasen sobre un lecho de algodón.

Jim llegó a la segunda parada del autobús y encendió un cigarrillo. Un hombre y una mujer esperaban como él. Luego fueron llegando más personas. Escudriñaba los rostros buscando el de Dinah. Al fin, apareció el autobús y él cedió su sitio, apartándose de la fila. El coche se marchó y él quedó a solas.

Consultó el reloj de esfera luminosa. Habían transcurrido quince minutos desde que abandonó el local. Nuevos peatones empezaron a amontonarse detrás de él a la espera del próximo autobús. Este llegó al cabo de tres minutos. Jim miró nerviosamente hacia abajo, dando un paso atrás para dejar que los que le seguían pudiesen subir. De pronto, oyó un taconeo. Se volvió. Era Dinah que corría jadeante.

—Perdona, me costó trabajo salir —se disculpó, al detenerse.

—El caso es que estás aquí —dijo Jim, prendiéndola de un brazo y ayudándola a subir al autobús—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Ha sido Landy?

—Chist... —murmuró ella, dirigiendo una mirada a su alrededor, porque algunos curiosos se habían vuelto al hacer él la pregunta—. Subamos arriba.

Subieron a la imperial del autobús que estaba solitaria y se sentaron.

—Landy no estaba. Se encontraba allí Flaherty, el segundo de a bordo. Es el brazo derecho de Landy. No sé por qué, estaba muy nervioso. Me dijo que no podía darme permiso. Tuve que soltarle una mentira. Que sentía un fuerte dolor de cabeza y estaba a punto de caermelo. Tuve que poner sobreaviso a Nick para que no me delatase.

—¿Por qué estaba nervioso ese Flaherty?

—Ya te he dicho que no lo sé.

—¿Es un tipo rubio que vi anoche hablando con Landy?

Era cierto que Jim había visto a un tipo rubio conversando con el dueño de El Paraíso, pero no tenía la cara huesuda, característica esencial del hombre que buscaba, ya que habían coincidido en ello las dos únicas personas que lo habían identificado en Phoenix, Henry Goodis y la señora Howen.

—¿Rubio? —repitió Dinah—. Debe ser otro. El señor Flaherty tiene el cabello castaño.

Jim soltó una imprecación para sus adentros. En aquel condenado asunto siempre se encontraba en el mismo sitio. Transcurrieron seis minutos sin que ninguno de los dos interrumpiese el silencio.

—Es la próxima parada, Jim —dijo, de pronto ella.

Bajaron de la imperial del autobús y, cuando éste detuvo su carrera, saltaron a tierra. El vehículo reemprendió la marcha y ellos quedaron envueltos en la niebla, solos en la calle, sobre cuyas aceras no se oía ni un solo quejido de pasos. Jim no sabía dónde se hallaba, aun cuando suponía que debía ser un punto de la parte nordeste de la ciudad.

—Vamos, Jim.

Echaron a andar y Dinah se colgó de su brazo. Recorrieron unas cincuenta yardas y ella se detuvo, diciendo:

—En la próxima esquina hay un bar. Espérame allí.

Jim inspiró profundamente y dijo en tono resolutivo:

—Voy a ir contigo, Dinah.

—No es necesario que te molestes más por mí. Anda, sé bueno y espérame.

El dejó transcurrir algunos segundos y luego inquirió:

—¿Es otro hombre?

—¡Jim! ¡Por favor!

—Creí que estabas jugando limpio conmigo.

A pesar de la niebla, Jim pudo observar que las mejillas de la joven se tiñeron de rojo.

—¿Crees eso de mí?

—¿Por qué no? Yo soy uno de los Buenos Muchachos. Un paleta de un poblacho que ni siquiera habías oído nombrar.

—Piensas eso, ¿eh, Jim? Está bien, acompáñame si quieres.

Murray no sabía a ciencia cierta por qué había dado lugar a aquella situación violenta que se había creado entre los dos ahora. Quizá fuese porque estaba fastidiado, cansado de esperar lo que hasta entonces no había llegado. Se decía a sí mismo, que no podía ser debido a que le había interesado saber a dónde se dirigía y a quién iba a ver la joven.

Dinah se detuvo ante una puerta muy estrecha, ubicada en un edificio construido treinta o cuarenta años atrás. Sacó una llave del bolso y abrió la puerta. Entraron y ascendieron por una escalera. La casa tenía cuatro pisos, y Dinah subió como una pluma, pero Jim tuvo que detenerse y apoyarse en la barandilla, respigando entrecortadamente. La muchacha sacó otra llave, abrió la puerta de la última planta y dio vuelta al conmutador de la luz. Jim entró tras

ella y cerró a sus espaldas. En aquel instante, una tos seca llegó a sus oídos. Se internaron por un corredor con dos habitaciones al lado derecho y se introdujeron en la segunda, que se hallaba iluminada.

Jim vio tendido sobre una cama al hombre que había ido a ver a Dinah a El Paraíso y que respondía al nombre de Glen. Dinah se acercó a la cabecera, preguntando:

—¿Cómo estás, Glen?

El enfermo se sobresaltó al ver entrar detrás de la joven a un hombre.

—¿Quién es, Dinah? —preguntó con voz un poco atemorizada—. Estaba contigo el otro día, ¿verdad?

—No te preocupes, es un buen amigo. Jim Murray.

Glen miró a Jim durante un rato y, finalmente, dio un suspiro hondo y relajó los miembros.

—Me siento muy mal, Dinah. Fue después de comer. De pronto me dio un dolor en la espalda y se fue corriendo al lado izquierdo. Me paralizó el brazo. Tuve miedo, pero decidí esperar a ver si pasaba. Luego subió Magde para fregar el piso. Volvió el dolor. Era como alfileres que se me clavasen en la carne. Entonces le dije, antes de que se marchase, que te llamase al club.

—Tenías que haber llamado también al médico. Pero ahora me encargaré yo de eso.

—No, no lo hagas. Ya no es necesario. Estoy mucho mejor. Siento haberte molestado.

Jim escuchó este diálogo preguntándose qué relación podía existir entre aquel hombre y Dinah. Ella había negado la existencia de parentesco alguno, pero, sin embargo, era evidente que entre ellos había una gran confianza.

Glen levantó nuevamente la mirada, depositándola en el rostro de Jim.

—Siento haberle estropeado la noche, señor Murray.

—No tiene importancia —repuso éste.

—Pero será mejor que os marchéis, Dinah.

De pronto, Glen hizo una mueca y se estremeció convulsivamente. Su cuerpo se arqueó y golpeó sobre la cama haciendo gemir el somier.

—¿Qué es, Glen? —preguntó Dinah, mordiéndose el labio inferior.

—Ya vuelve... otra vez...

La joven giró la cabeza bruscamente hacia Jim.

—Por favor, ve a la habitación de al lado. Encontrarás el teléfono. Llama a Sterling 1-0753 y pregunta por el doctor Nordahl. Ruégale que venga inmediatamente a casa de Glen Blassey.

Jim salió del dormitorio, pasando al cuarto contiguo. Encendió la luz y vio una vieja mesa de despacho sobre la que se encontraba el teléfono. Se sentó en un sillón giratorio y disco el número que le había dado Dinah. El doctor Nordahl estaba en su casa y, después de recibir el encargo, dijo que iría inmediatamente.

Jim colgó y al levantarse vio unas cuantas fotografías pegadas en la pared del despacho. Debían haber sido hechas en la década de los veinte. Había unas cuantas en las que figuraban dos hombres; las demás, hasta cuatro, reproducían grupos de diez y doce personas, siempre hombres.

Regresó al dormitorio y le dijo a la joven que el doctor no tardaría en llegar. Glen respiraba fatigosamente.

El doctor Nordahl apareció unos cinco minutos después. Era un hombre de sesenta años, de cabellos y bigote blancos, y ojos muy vivos que miraron con interés a Jim cuando Dinah la presentó. Cambiaron el apretón de saludo y el médico dejó el maletín sobre una silla y se acercó al lecho del enfermo.

—Al fin me necesitas, ¿eh, Glen? —dijo con voz socarrona.

Blassey frunció el entrecejo y, tras contemplarlo unos instantes, rezongó:

—Al diablo contigo, viejo fullero... Eso es lo que tú crees.

Nordahl soltó una risita y abrió el maletín del que sacó un estetoscopio.

Jim dijo a Dinah por lo bajo:

—Será mejor que yo espere en el despacho.

No esperó una respuesta de ella, sino que salió del cuarto y pasó a la habitación desde la que había telefoneado al médico. Volvió a sentarse en el sillón y encendió un cigarrillo. Dejó transcurrir un minuto y luego tiró del cajón que tenía ante sí. No estaba cerrado y obedeció a su presión. En el interior del mismo había papeles.

Facturas, impresos de específicos, folletos de propaganda sobre viajes turísticos... Al fondo notó algo duro. Era una cartera de cuero. La sacó rápidamente y la abrió. Dentro había más recibos, pero junto con ellos encontró una fotografía de las mismas características que las que vio en la pared. En ésta observó a once hombres. Cuatro de ellos estaban sentados y el resto detrás, formando una sola fila, de pie. Le recordaba las fotografías que se hacían los componentes de alguna promoción universitaria, reunidos al cabo de varios años de haber recibido el título. Pero no. Una promoción universitaria solía constar de más personas. Guardaba también analogía con la foto de un gabinete gubernamental. Sí, ésta era la comparación más acertada. Y de pronto le dio un vuelco el corazón al fijarse en el segundo individuo que estaba sentado a la izquierda. Lo había visto muchas veces, aunque siempre en fotografía. Pero no podía ser otro. Era inconfundible. Se trataba de Al Capone, el gánster, el rey de Chicago. Observó con más interés las caras de los que acompañaban al italoamericano y creyó identificar entre los que había en el pie, al hombre que era asistido en aquellos momentos por el doctor Nordahl. Glen Blassety con treinta años menos. Al seguir observando por la derecha y llegar al que se hallaba en el extremo del grupo de los de pie, frunció el ceño. Sacó rápidamente un lápiz y puso la foto sobre la mesa. Luego pintó un bigote al individuo en cuestión. Cuando hubo terminado tapó con la yema del dedo su cabellera y parte de la frente, hasta casi por encima de las cejas. Con una emoción indescriptible se dio cuenta de que aquel hombre era el que él había conocido como William Nelson, el granjero de Phoenix, Arizona.

Oyó pasos en la habitación de al lado y, como una centella, guardó la fotografía en el interior de la chaqueta, cerró la carpeta, que metió en el cajón junto con los papeles, y tuvo el tiempo justo de hacerse hacia delante, cerrando el cajón con el estómago, cuando irrumpió en la estancia Dinah.

Jim cogió el cigarrillo que había dejado en el cenicero y le dio una larga chupada. Mientras arrojaba el humo, preguntó:

—¿Cómo lo ha encontrado el doctor?

Dinah aparecía claramente conturbada. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y contestó:

—No lo sé. Ahora nos lo dirá. Pero creo que está muy mal.

Nordahl entró arrastrando los pies. Miró a Jim y luego a la joven.

—Puede hablar con claridad, doctor —pidió ella—. A veces es preferible.

El médico chasqueó la lengua.

—Sí, creo que sí. Después de todo, esto tenía que llegar un día u otro.

—¿Es grave, doctor?

—Sería absurdo negarlo. Está muy grave. Es el final.

—Pero... —balbució Dinah—. Tiene que haber algo. No puede morir así, doctor. Lo llevaremos a un hospital. ¡Tienen que salvarlo!

Hubo un silencio en la estancia. El doctor agachó la cabeza y al cabo de unos instantes la levantó, diciendo:

—No, Dinah. La ciencia no puede hacer nada por él. No se salvará en el hospital ni en ninguna parte. Me hizo prometer muchas veces que le dejaría morir en su cama. No lo haría si quedase la más mínima esperanza de salvación... Es una angina de pecho. La ha tenido otras veces, pero hemos logrado sacarle adelante. Pero ahora es imposible. Sabes cuánto lo aprecio. Probablemente, será esta noche o a más tardar mañana.

—¿Lo sabe él?

El médico miró al suelo y, tras una pausa, sacudió la cabeza en sentido afirmativo. Luego miró a Jim y dijo:

—Celebro haberle conocido, señor Murray. Aunque lamento la ocasión.

A continuación dio media vuelta y salió de la habitación. Dinah le acompañó hasta la puerta y poco después regresó al despacho. Se sentó en un sillón y entrelazó las manos mientras miraba a Murray.

—Es mejor que te marches, Jim. Yo tengo que quedarme.

—Puedo hacerte compañía.

—No es necesario —Dinah sonrió amargamente—. Soy una chica valiente.

—Pero no debes quedarte sola con él. Ya has oído al doctor.

—No te preocupes. Abajo vive una buena mujer, Magde, la que me telefoneó al club. Si la necesito, la llamaré.

—De acuerdo. Pero prométeme que me llamarás al hotel

Jameson si ocurre lo peor. Vendré enseguida.

Ella se levantó y siguió a Jim hacia la salida. Se detuvieron en el vestíbulo y se miraron fijamente.

—Eres un buen chico, Jim. De verdad. Voy a sentir mucho tu marcha.

—Estaba pensando que, después de todo, no es mala la idea la de ir a ese sitio, Evanston, para ver algún otro modelo de gimnasio.

Ella sonrió, se puso de puntillas y le besó en la boca.

—Hasta mañana, Jim.

—Recuérdalo. No vaciles en llamarme si me necesitas.

Luego el periodista salió y descendió la escalera.

Había aclarado un poco la niebla y echó a andar por la acera. Cuando hubo recorrido cincuenta yardas, se tocó el costado y al oír el crujido de la fotografía bajo la chaqueta se dijo a sí mismo que, por fin, había encontrado algo en qué hincar el diente. En la banda de Al Capone a punto de morir y a una hermosa mujer cuyo beso le cosquilleaba aún en los labios. Poco después encontró un taxi y se hizo conducir al hotel.

CAPÍTULO VI

AQUELLA noche, Jim sólo durmió cinco horas. A las ocho se levantó, se dio una ducha fría para desprenderse de los últimos efluvios del sueño y, una vez vestido, salió a la calle. Desayunó en un automático y poco tiempo después de las nueve penetraba en la Biblioteca Municipal de Chicago.

En la sala de lectura pidió una colección de periódicos del año 1943 y empezó a buscar lo que le interesaba. En una primera página del diario que consultaba vio una fotografía de William Nelson. Su rostro seguía pareciéndose al que tenía en aquella en que se hallaba con Al Capone. Tampoco llevaba bigote y se peinaba con raya a un lado. En aquellos doce años transcurridos, hasta 1955, había cambiado mucho. Jim lo recordaba tal como era cuando lo visitó un mes antes para hacerse el interviú motivado por su donativo para la lucha contra la poliomielitis. Parecía un hombre cansado, su cara estaba surcada por arrugas, sus ojos habían perdido brillo y el poco cabello que quedaba en su cabeza era completamente blanco. Pero ahora que lo tenía delante sabía que se trataba de la misma persona, aun cuando al pie de la fotografía figurase otro nombre. En 1943 se llamaba Willie Bioff. En sucesivos números del diario seguía ocupando la primera página, pero el motivo de esta popularidad sensacionalista no se debía esta vez a que hubiese hecho ningún donativo para cualquier obra benéfica. Se trataba de que él y otros dos hombres habían declarado en el juicio contra antiguos gerifaltes de la banda de Al Capone, poniendo a éstos en candelero. Jim invirtió una hora en quedar empapado de todo el asunto. Tomó algunas notas en

taquigrafía y más tarde solicitó otra colección de diarios del año 1938. Finalmente, a las once de la mañana, habiendo terminado su trabajo, guardó los apuntes, y abandonó la Biblioteca. Entonces buscó en una calle apartada un bar, y tras pedir un whisky, del que bebió solamente un trago, se introdujo en la cabina telefónica. Solicitó una conferencia a larga distancia con Phoenix. Cuando al otro lado preguntaron quién llamaba, él dijo:

—Oiga, aquí Jim Murray. Póngame inmediatamente con Claude Temple.

Escuchó el ruido característico del cambio de comunicación y poco después llegó a sus oídos la voz nasal del jefe de Redacción.

—¿Está ahí, Jim? ¡Por todos los infiernos! ¿Quién se cree que es? Han pasado cuatro días desde que se marchó de la ciudad sin que hayamos recibido noticias tuyas. Supongo que será lo suficiente listo para saber que debo despedirlo.

Jim sonrió.

—¿De veras, jefe? Bueno, el caso es que tenía que informarle de algunas cosas, pero ya que se pone así, iré a otro periódico.

—¿Quiere decir que ha conseguido dar con algo?

—Eso pensaba comunicarle, pero...

—¡Déjese de monsergas y desembuche! ¿Es que quiere agotar mi paciencia?

—Está bien, Temple. Pero antes llame a dos de los muchachos para que cojan los supletorios. Quiero que tomen textualmente cuanto voy a decir.

—Espere un momento. —Temple apartó de sí el auricular y gritó tan fuerte que Jim pudo oírlo—: ¡Eh, Gary! ¡Y tú, Leo! Venid. ¡Papel y lápiz! —Luego una pausa y Temple volvió a hablar normalmente por el micro—: De acuerdo, muchacho. Ya estamos preparados.

—Una condición, jefe.

—¿De qué se trata?

—No quiero que publiquen una sola palabra de cuanto diga. De lo contrario, no sólo peligraría mi vida, sino la de otra persona.

—¿De qué demonios está hablando?

—Publicaré la crónica cuando yo le avise. En realidad debía haberme llamado, pero ya que me puso un plazo, no tengo más

remedio que informarle porque es posible que necesite más días. ¿Acepta la condición?

—Desde luego, muchacho. ¡Suelta el grifo!

—De acuerdo. Ahí va. En 1938, George Browne, jefe del sindicato de tramoyistas, en consorcio con Willie Bioff, gánster de Chicago, amenazaron a la industria de Hollywood con una huelga de proyectores de cinematógrafos si no les entregaban un millón de dólares. Los magnates del cine prefirieron pagar el millón que exponerse a perder muchos más. Browne y la banda se repartieron el botín.

—¿De qué está hablando? —le interrumpió Temple—. ¿No habrá bebido más de la cuenta?

—Déjese de tonterías y escúcheme.

—¿Qué nos importa lo que ocurrió en 1938? Recuerdo que aquello armó una gran polvareda con repercusiones posteriores, pero ya es agua pasada.

—Esas repercusiones son las que nos interesan a nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con el asunto que le ha llevado allí? Deme una sola razón y me convencerá de que no está inventando una historia para justificar los cuatro días que ha pasado sin dar señales de vida.

—Está bien, jefe. Todo ese preámbulo de lo que ocurrió en 1938 entre George Browne, Willie Bioff y la industria del cine de Hollywood, tiene su justificación porque usted conoce a uno de ellos.

—¿Yo? En mi vida he visto a ninguno.

—A Willie Bioff lo ha visto usted muchas veces porque era William Nelson, el granjero que han pulverizado con dinamita.

Hubo una larga pausa y poco después llegó la exclamación que Jim esperaba:

—¡No puede ser!

—Es lo que yo dije en un principio, pero los hechos no admiten dudas porque tengo una fotografía que lo prueba. Bioff y Nelson eran la misma persona.

—Continúe, muchacho.

—Estábamos en que Browne y Bioff se repartieron el millón de dólares que habían sacado a Hollywood. Cinco años más tarde, en

1943, ocurrió algo insólito en el mundo del crimen. En una sala de audiencia de Nueva York, George Browne, Willie Bioff y Alex Greemberg, testimoniaban un juicio contra los cuatro cerebros de la banda de Al Capone. Esto fue debido a una lucha intestina entre ellos. Lo cierto fue que aquel hecho que fue considerado por la Prensa como una victoria judicial histórica contra el gansterismo, permitió que los cuatro cerebros: Charlie Gioe, Louis Campagna, Phil D'Andrea y Paul Ricca, fuesen condenados a diez años de prisión. Naturalmente, las autoridades prometieron a Browne, Greemberg y Bioff toda la protección que estuviera en sus manos. Louis Campagna, cuando salía esposado para cumplir su condena en Atlanta, tuvo oportunidad de pasar junto a Browne y Bioff y les dijo: «Nuestros muchachos pueden esperar mucho tiempo.»

—¡Canastos, Jim! Ha logrado hincar el diente a un buen asado. Está claro como el agua que Bioff o Nelson ha sido asesinado por aquello.

—Espere y llegaremos a eso. Una vez terminado el juicio, Browne, Bioff y Greemberg se dieron cuenta de que por mucha protección que les ofreciese la policía, algún día se les exigiría cuentas por aquello que acababan de hacer. Bioff y Browne quisieron poner tierra por medio y desaparecieron como si hubieran sido tragados por la tierra. Sólo Greemberg continuó haciendo vida normal. Los cuatro cerebros cumplieron una tercera parte de su condena. Inmediatamente salieron en libertad provisional, pero durante los siete años que les restaban para alcanzar la definitiva, tenían que justificar un trabajo honesto y evitar toda sospecha de actividad criminal. Un mal paso los hubiera devuelto a la cárcel. Browne, Greemberg y Bioff, donde quiera que se encontrasen, podían estar seguros de que demorarían la rendición de cuentas hasta que esos siete años transcurriesen. Pero al fin llegó la fecha de la libertad definitiva, a mediados de 1954.

Jim hizo una pausa y Temple dijo:

—Prosigas y le convertiré en el mejor periodista de la nación.

—Los hechos están demasiado recientes para que usted no los recuerde, pero por si acaso le refrescaré la memoria. Lo primero que hicieron los cuatro sucesores de Al Capone, fue dilucidar entre ellos quién había de erigirse en jefe. Fue una bonita lucha que hizo gastar cubos de tinta a los periódicos del país. En agosto de 1954,

Charlie Gioe murió acribillado a balazos. Una semana más tarde, Alex Greemberg fallecía, al parecer, de un colapso. Poco después, Louis Campagna moría cuando paseaba en el yate de su abogado, y siempre se ha supuesto que le quitaron de en medio envenenándolo. El único que murió de muerte natural reconocida, fue Phil D'Andrea, que fue víctima de un ataque cardíaco. Así pues, sólo quedó Paul Ricca como amo. Entonces empezó la caza de los soplones, George Browne y Willie Bioff, puesto que Greemberg ya no vivía. Como usted sabe, Bioff se marchó primero a Los Ángeles. Se daba buena maña para el dibujo y consiguió entrar como decorador de John Nebi. Siguió una vida completamente distinta a la que había llevado antes. Afectuoso con todos, amable, servicial, honrado... En fin, un perfecto ciudadano. Así conoció a Susan, con la que no tardó en casarse. Naturalmente, él se había llevado consigo un buen pellizco del millón sacado a Hollywood y le dijo a su mujer que era dinero ahorrado, fruto de su esfuerzo y trabajo. Él sabía, como ya le he dicho, que durante su libertad provisional, ninguno de los cuatro cuervos intentaría nada contra él, pero los años iban pasando y al final vendría lo que temía. Los Ángeles era una ciudad demasiado conocida. Entonces compró el rancho en los alrededores de Phoenix y se marchó allí con su mujer. No le ha valido de nada. Justo al año y medio de haber recuperado Paul Ricca su libertad definitiva, Nelson o Bioff ha saltado por el aire cuando pisó la puesta en marcha de su coche y un detonador disparó los cartuchos de dinamita que habían puestos en él.

—¡Jim! ¡Muchacho! ¿No se da cuenta? ¡Ha realizado el trabajo periodístico más sensacional del siglo!

—Escuche, jefe. Por más adjetivos que me dirija no me va a hacer cambiar de opinión. De todo eso no quiero que se publique una sola palabra, por ahora.

—No lo comprendo, Jim.

—Recuerde mi condición. Usted me lo prometió.

—Pero, Jim, eso no tiene pies ni cabeza. Tenga en cuenta que alguien le puede pisar el informe.

—Métase esto bien en la cabeza —recalcó Jim, utilizando la frase favorita de Temple—: Entre los ciento setenta millones de habitantes de nuestro país, existe en estos momentos un hombre que puede morir en cualquier instante. Me estoy refiriendo a

George Browne.

—Precisamente eso es lo que le da más interés al caso. Debe tener en cuenta que Browne fue un gánster.

—Pero es un hombre como usted y como yo. Al fin y al cabo, prestó un servicio a la ley, sea por lo que fuere. Browne debe vivir como Bioff, con nombre supuesto, pasando por un ciudadano honrado. Apuesto a que el rubio que hizo el trabajo de Nelson en Phoenix será también quien vaya a liquidar ahora a Browne. Yo estoy metido en el asunto y en cuanto consiga la pista del rubio, me iré detrás de él. Quiero desenmascararlo y hacerle cantar. Entonces tendremos la historia completa y El Clarín de Phoenix se llenará de gloria.

—Pero, Jim... Esto es como tener una fortuna al alcance de la mano y preferir pasar hambre.

—Está también el aspecto que se refiere a mi integridad personal. Si usted publica una crónica con todo lo que acabo de comunicarle, mi vida no valdrá un centavo. Me retirarán de la circulación antes de que pueda recibir la ovación del público.

—Vea el asunto como yo. Debe dejar ese trabajo de detective. Ya ha hecho bastante. Preséntese en la primera comisaría y pida la protección de la policía. Que le encierren en una celda.

—¿Cree que voy a pasar mi vida metido en la cárcel sin haber cometido ningún delito? ¿Está loco, Temple? Yo empecé este trabajo y yo lo terminaré. Si me liquidan antes de que lo logre será cosa del oficio.

—Pero puede que llegue demasiado tarde para salvar a Browne cuando consiga la pista de ese rubio.

—Hay una cosa que me anima. El dinamitero permaneció a Phoenix durante un mes preparando los detalles para volar a Nelson. Hay que suponer que también ahora haga lo mismo. Es posible que quiera madurar su plan para luego marcharse sin apenas dejar huella de su paso. Esa es la ventaja con que cuento. Él y los que estén detrás ignoran que un periodista provinciano les pisa los talones. ¿Se percata ahora de por qué necesito su silencio?

Temple lanzó un gruñido, chasqueó la lengua y luego dijo:

—Me preocupa todo esto, Jim. Tenga en cuenta que soy el jefe de Redacción y si guardo este informe en el cajón y luego resulta que alguien nos toma la delantera, me juego el puesto. De todas

formas y haciéndome cargo de lo que me dice, voy a demorar en lo posible su publicación. Pero ha de prometerme una cosa, Jim.

—¿De qué se trata?

—Prométame que me dará una información de sus andanzas en cuanto establezca la identidad del rubio.

—Prometido, jefe.

—¿Dónde se hospeda?

—Hotel Jameson, habitación 17.

—No se arriesgue demasiado, Murray. Esos tipos son duros.

—Yo también. Pero descuide. Procuraré que todo salga a pedir de boca. Adiós.

Jim colgó y luego volvió a discar. Oyó el zumbido de la señal al otro lado y poco después cogían el micro. Reconoció la voz de Dinah:

—¿Quién es?

—Soy yo, Dinah. Jim Murray. ¿Cómo va eso?

—¡Oh, Jim! Glen ha muerto hace una hora... Te llamé al hotel varias veces para decírtelo.

—Lo siento. ¿Cuándo es el entierro?

—Esta tarde a las cinco. Me estoy ocupando de todo. Será en la empresa de pompas fúnebres de la avenida Michigan número 237.

—¿Necesitas mi ayuda?

—No, Jim. Gracias. Prefiero que no vengas.

—Entonces nos veremos esta tarde a las cinco.

—Sí. De acuerdo. Hasta luego, Jim.

Murray quedó un rato pensativo, con el auricular en la mano, después que Dinah hubo cortado la comunicación.

Había mantenido la esperanza de poder interrogar a Glen Blassety. Él era el poseedor de la fotografía que le había puesto en el buen camino y le hubiera podido decir muchas cosas. Pero ahora ya no podía pensar en semejante posibilidad.

¿Y Dinah? Volvía a hacerse las mismas preguntas. ¿Qué relación le unía a Glen? ¿Era en verdad sólo una chica contratada por Landy para acompañar a los clientes de El Paraíso? ¿Con qué persona del club habló el rubio desde Phoenix? ¿Sería Landy o aquel Flaherty que Dinah había mencionado?

Sí, todo estaba demasiado revuelto para pretender aclararlo

ahora, en un instante. Le quedaba mucho camino por recorrer.

CAPÍTULO VII

FALTABAN pocos minutos para las cinco, cuando Jim Murray penetró en el establecimiento de pompas fúnebres, cuya dirección le había dado Dinah. Un empleado lo hizo pasar a la sala donde se iba a celebrar el funeral. Allá, al fondo, se hallaba situado el catafalco y delante había varias hileras de sillas, algunas de las cuales estaban ocupadas. Vio a Dinah sentada a la izquierda del doctor Nordahl. Detrás de ellos, se hallaba John Landy, Flaherty, y distanciados un poco, cuatro hombres que Jim no conocía. A la derecha, arrimadas a la pared, descubrió dos coronas de flores. En uno de los lazos, pudo observar el nombre de Dinah. En la otra, había un lema en letras de oro que decía: «Tus amigos no te olvidan.»

De pronto, cuando el sacerdote encargado de las exequias, leía un párrafo de la Biblia, entró un personaje en la sala, el cual, tras quitarse el sombrero, se dirigió a donde se hallaban Landy y Flaherty. Jim prestó atención a la escena. El recién llegado sacó un papel del bolsillo que entregó a Landy, quien tras cogerlo y leer su contenido, hizo un movimiento con la cabeza y lo guardó en el bolsillo. Luego, el que había hecho de recadero abandonó el local.

Terminada la ceremonia, Jim salió al vestíbulo y encendió un cigarrillo. Poco después salían las personas que habían asistido al acto.

Notó que el semblante de Dinah estaba pálido. Ella se apartó del grupo y se acercó a él.

—Gracias por haber venido, Jim.

—No tiene importancia.

—El doctor ha traído su coche. ¿Vienes con nosotros?

—Si no estorbo, por mí no hay inconveniente.

Landy se encaminó hacia la puerta seguido de Flaherty, y al pasar junto al periodista le dirigió una mirada de curiosidad que Jim no dejó de captar.

Salieron a la calle donde tenían aparcados los coches y los dos jóvenes se dirigieron al que pertenecía al doctor.

Jim echó una ojeada por la ventanilla trasera y observó que Landy y Flaherty subían a un «Sedán» negro. Poco después, por la calle transversal que había enfrente, aparecía la camioneta de la empresa de pompas fúnebres, la cual dobló para dirigirse al cementerio y los coches fueron detrás.

Una hora más tarde, había acabado el cristiano acto y los escasos asistentes a él abandonaban el cementerio. Volvieron a entrar en los coches y reemprendieron el camino a la ciudad.

—¿Dónde quieren que les deje a ustedes? —preguntó Nordahl.

Jim miró a Dinah, cediéndole la prioridad.

—Creo que me iré a casa a descansar un poco.

—Supongo que no irás a trabajar esta noche —dijo Jim—. Estás demasiado agotada.

—No habría ido si Landy no me hubiese dicho que quería verme luego.

—Podía haberlo dejado para mañana.

—Él es el jefe y tengo que obedecer. Por favor, a casa, doctor.

Desde entonces, hasta el momento en que Dinah descendió ante el número 134 de la calle Saratoga, no se intercambió palabra alguna entre los ocupantes del vehículo.

—¿Vendrás esta noche, Jim? —preguntó la muchacha, desde la acera.

—Es posible.

—Entonces, hasta luego —dijo ella, cerrando la portezuela.

Nordahl pisó la puesta en marcha y cuando se alejaba de aquel lugar, inquirió:

—¿Y a usted? ¿Dónde quiere que lo deje?

—No tengo preferencia. En cualquier sitio que le venga bien a usted.

—Yo me dirijo a la Academia de Medicina. Avíseme cuando

quiera bajar.

Jim ofreció, por encima del asiento delantero, un paquete de cigarrillos al doctor, pero éste negó con la cabeza. El encendió uno, y después de arrojar la primera bocanada de humo, dijo, sin poner demasiado interés en su voz:

—Dinah quería mucho a Glen, ¿verdad?

—No es difícil. Glen se hacía querer por cuantos lo trataban.

—Sin embargo, a Landy no le era simpático.

—¿Landy? ¿Cómo lo sabe?

—¡Oh! Fue un simple detalle. Glen apareció en El Paraíso la noche en que conocí a Dinah, y su presencia no pareció gustar mucho a Landy.

Nordahl guardó silencio un rato. Luego, Jim preguntó:

—¿Conocía desde hace mucho a Glen?

—Era vieja nuestra amistad. No le puedo decir exactamente cuántos años, pero supongo que han sido muchos.

—Y apuesto a que Glen ha conocido mejores tiempos.

—Bueno, la vida es así. A veces uno está en lo alto de la montaña y otras veces se encuentra en lo más bajo.

Jim dedujo que Nordahl era un pez difícil de pescar. Sabía eludir toda clase de anzuelos. No conseguiría nada de él.

—Déjeme en el próximo chaflán, doctor —dijo—. Ahora recuerdo que no me irá mal bajar aquí. ¿No es ésta la avenida Michigan?

Nordahl emitió un gruñido de asentimiento, y poco después, detenía el coche cerca de una acera.

—Gracias por todo, doctor. Ha sido usted muy amable.

El médico lo miró unos instantes con fijeza y no replicó nada. Cuando él cerró la portezuela, hizo arrancar el coche, perdiéndose entre el tránsito.

Jim se metió las manos en el bolsillo de la gabardina y echó a andar. Había oscurecido completamente. Se introdujo en un bar y comió perros calientes y dos books de cerveza. Con el estómago ya calmado, volvió a salir a la calle.

De repente, cuando no había hecho más que dar unos pasos por la acera, dos individuos lo estrujaron, uno por cada lado, obligándole a detenerse. Observó sus rostros y no le gustó ninguno

de ellos. El de la derecha era de piel muy morena, ojos azules, nariz aguileña y mentón saliente. El otro ofrecía más raro aspecto. Las comisuras de sus labios se contraían, dando la impresión de que se iba a echar a llorar de un momento a otro. Los dos eran de robusta contextura y se cubrían con sendas gabardinas.

—¿Qué es lo que quieren? —les preguntó, dándose cuenta en un solo instante de que estaba metido en un juego en que la postura podía ser su propia vida.

El moreno hizo una mueca y dijo:

—Darle un recado. Sólo eso.

—No me diga que mi tía Eugenia se ha acordado, por fin, de mí.

—Déjese de chistes, vivo, y muévase hacia aquel coche que ve allí.

Jim dirigió la mirada hacia el lugar que le señalaban, y, efectivamente, vio un coche negro en el que distinguió, junto al volante, una figura. Los peatones pasaban en una y otra dirección por la acera. Para Jim resultó aquel descubrimiento confortador. Se encontraba rodeado de gente y no podría pasarle nada.

—¿De veras, hermano? —contestó—. Agradezco la invitación, pero el caso es que prefiero ir a pie.

—No me diga —masculló el que hasta entonces había permanecido en silencio.

Jim iba a doblar la cabeza para sonreírle cuando notó que algo duro le apretaba el costado izquierdo. No cabía duda. Era una pistola. Entonces también supo que aquellos tipos no vacilarían en vaciar un peine en su cuerpo, aun cuando estuvieran rodeados de público. Era su oficio, y para ellos ese riesgo no significaba nada. No, no podía dejarse matar de aquella forma. Para ello no le hacía falta haber abandonado la tranquila Phoenix.

—De cuerdo —asintió—. Haremos ese viaje.

—¡Qué buen chico! —dijo el triston—. ¿Lo ves, Donald? Ya te advertí que le gustaría venir con nosotros.

Le empujaron discretamente hacia el coche y se metieron en el asiento trasero. El llamado Donald cerró la portezuela e inmediatamente el hombre que se hallaba frente, al volante pisó el acelerador y el vehículo se deslizó suavemente sobre el pavimento para ir luego aumentando la velocidad.

—¿Dónde es la juerga? —preguntó Jim, al cabo de un rato.

—Se enterará cuando lleguemos —respondió Donald socarronamente—. Así será mayor la sorpresa.

—Preferiría saberlo ahora.

—¡Cállese si no quiere ganársela antes de hora!

Jim se preguntó de qué forma podría salir airoso de aquella difícil coyuntura. El hecho de que aquellos dos tipos lo hubieran cazado en la calle, significaba que quien los mandaba estaba al corriente de sus pasos. ¿De qué forma lo habría conseguido? Estaba seguro de que desde que conoció a Dinah no había dado ningún traspíe. ¿O podía ser calificado de tal la conversación sostenida con el doctor antes de que lo dejase en la avenida Michigan? Bueno, Donald y su compinche le sacarían de dudas muy pronto. Era mejor ahora relajar los músculos e intentar darles un poco de descanso.

El coche siguió corriendo por diversas calles. Cambió tantas veces de dirección que llegó un momento en que Jim no supo dónde se encontraba, aun cuando dedujo que debían estar por las afueras de la ciudad. Terminaron las casas y empezó el campo. Podía ver a la luz de los faros uno y otro lado de la carretera. El coche abandonó la pista y tras recorrer un cuarto de milla por un camino no muy bien cuidado, se detuvo al lado de una casa.

Donald abrió la portezuela y saltó fuera, exhibiendo la pistola en la mano.

—Baje, vivo. Ya hemos llegado.

Jim obedeció sin pestañear y tras él descendió el de los labios contraídos.

—¡Arreglado, Bill! —gritó Donald al conductor.

Inmediatamente el automóvil se puso en marcha, de nuevo, y regresó por el camino en busca de la carretera general. Cuando el ruido del motor se perdió en la distancia, Donald miró a Jim y dijo, señalando la casa que tenía al lado:

—Anda. Echa a andar hacia la puerta.

Jim movió las piernas, flanqueado por sus guardianes.

Donald abrió la puerta con una llave y dio vuelta al interruptor de la luz. Cruzaron por un vestíbulo y entraron en un despacho en el que había una mesa, varios sillones y una biblioteca adosada a la pared.

—¿Dónde están los demás invitados? —preguntó Jim.

El tristón le dirigió una mirada maliciosa.

—El único invitado eres tú, vivo.

Donald se acercó a la mesa, descolgó el teléfono y disco un número. Mientras hablaba, mantenía la mirada fija en Murray.

—Sí, jefe. Aquí estamos... Acabamos de llegar... Todo fue como una seda. No es de los tipos que dan la lata... Debe suponerse para qué lo hemos traído aquí, porque está muerto de miedo.

—Seguro que lo estoy —le interrumpió Jim—. Dígle que me estoy derritiendo como si fuese de mantequilla.

Donald hizo caso omiso de las palabras de Murray y escuchó durante unos instantes. Luego se separó el micro de la cara, indicando a Jim:

—Anda, vivo, acércate. El jefe quiere hablarte.

—¿A mí? ¡Qué honor!

El periodista se acercó y tomó el auricular.

—Oiga, jefe —dijo—. ¿Qué clase de estúpidos tiene metidos en su organización? Por lo visto me han confundido con un contrabandista de drogas. He obedecido todas sus órdenes porque pensé que tarde o temprano se descubriría el error. Le habla Jim Murray, secretario del club de Buenos Muchachos de Oskaloosa.

Del otro lado le llegó una risita cosquilleante y una voz varonil le contestó:

—Celebro que no pierda el buen humor en un trance como el que está pasando. Pero no le sirve. Sé perfectamente quién es usted. Jim Murray, periodista de El Clarín de Phoenix.

—¿Periodista yo? Pero si ahora estoy aprendiendo a leer.

—Antes de decidirme a enviarle a Donald y a Teddy, tomé las debidas precauciones para que no hubiese error. Recibí una llamada de Phoenix. Alguien me dijo que usted se había puesto en movimiento.

—¿Quién?

—No importa que se lo diga ahora. Fue el hombre a quien usted visitó allá. Curt Shore. Estaba intranquilo por la visita del inspector de la telefónica y llamó a la compañía preguntando por el departamento de comprobaciones. Allí le dijeron que no le habían mandado a nadie. ¿Se da cuenta? Desde entonces usted estaba

perdido,

Jim soltó una maldición.

—¿Qué hay en que haya venido a Chicago para aumentar el número de amigos?

—No, Murray, no me gustan los tipos que quieren pasarse de listos. Sé que está usted en el buen camino y no puedo permitir que nadie obstaculice el mío. Después de todo, usted corrió un riesgo y ha perdido.

—¿Entonces...? —empezó a preguntar Jim, dándose cuenta de que no podía tragar saliva.

—Llévelo con resignación, muchacho. Todo será rápido. Donald y Teddy conocen su oficio como nadie. Sólo oirá el estampido.

Jim sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—Oiga, ¿no podríamos llegar a un acuerdo?

—No los admito y eso es lo que me ha permitido llegar a donde estoy. En fin, Murray. Es usted hombre perdido. Buen viaje, muchacho.

Inmediatamente, el hombre que hablaba con Murray cortó la comunicación.

Jim no se apartó el auricular del oído, sino que dirigió una mirada a sus verdugos que, a su vez, tenían los ojos fijos en él, unos ojos que brillaban de una forma extraña porque en ellos existía el deseo de matar.

Tenía la boca pastosa, pero pudo mover los labios y decir con toda naturalidad:

—El jefe quiere hablar con usted, Donald.

El aludido se acercó confiadamente. Jim empezó a alargar el brazo para entregarle el micro y de pronto lo levantó y lo descargó con todas sus energías contra la mandíbula del cuervo.

Donald lanzó un terrible aullido de dolor y se desplomó sobre la alfombra del piso como si hubiera sido fulminado por un rayo.

Teddy empezó a sacar la pistola, pero todos los movimientos de Jim estaban ahora sincronizados y apenas soltó el auricular, se lanzó sobre aquél en un plongeón de rugby.

Los dos cuerpos entrechocaron y cayeron entrelazados, rebotando y dando vueltas.

Jim sabía perfectamente qué si en aquella pelea salía derrotado,

jamás podría volver a Phoenix, porque allí mismo, en aquel despacho, le harían dos hermosos agujeros en la piel.

Peleó como una fiera, sin dar cuartel. Propinó un derechazo en la carótida de Teddy, recibió un rodillazo en el hígado y como contrarréplica y aprovechando que se encontraba encima de su adversario, le golpeó una y otra vez en la cara, hasta dejarle fuera de combate. Oyó un ruido a su espalda y con la celeridad de una centella despojó a Teddy de la pistola y se volvió en el mismo momento en que Donald se disponía a disparar sobre él.

Jim hizo fuego antes y Donald recibió el proyectil justo en el centro del pecho.

El periodista se levantó viendo cómo el gánster se quedaba inmóvil, desorbitaba los ojos y finalmente se desplomaba en el suelo sin vida.

Dio un resoplido, echó un vistazo al desvanecido Teddy y sacó el paquete de cigarrillos. Luego de encender uno, se sentó en un sillón para descansar y al poco rato, vio que Teddy recobraba el conocimiento.

El matón respiró entre jadeos, vio a su compañero tendido en el suelo y miró a Jim con miedo.

—¿Qué es lo que va a hacer? —preguntó.

—¿Qué te parece a ti?

—No lo sé.

—A lo mejor te invito a cenar por lo bien que te has portado conmigo.

—¿Qué podíamos hacer? Era nuestra obligación.

—¿De veras? Casi estoy por creerlo.

—Le juro que yo no sé nada. Estaba esta tarde en el bar de Joe Ringo, en la Catorce, cuando se me presentó Donald diciendo que teníamos que hacer un trabajo. Le pregunté quién era el prójimo y me dijo que un tal Jim Murray que encontraríamos en una empresa de pompas fúnebres.

—¿Así que me habéis seguido?

—Lo vimos a usted salir de aquel funeral y le seguimos hasta cerca del cementerio. Luego volvimos y le dejamos comer.

—¡Qué buenas personas! No podíais permitir que me marchara al otro mundo con el estómago vacío, ¿verdad?

—En realidad, usted no tiene nada contra mí. Yo ni siquiera le conozco, aparte de que sé su nombre.

—Escúchame, Teddy. Formáis el grupo de asesinos de peores entrañas que existe en el país. Tú debías estar en el manicomio como la mayoría de tus compañeros. Daría cualquier cosa porque intentases escapar para poder apretar el gatillo otra vez.

—No soy tan loco, señor Murray.

—De acuerdo. Te entregaré a la policía.

—Esos tampoco tienen nada contra mí. Me soltarán enseguida.

—Eso es lo que tú crees. —Jim se levantó y señaló la puerta con la pistola—. Anda, vámonos ya.

Teddy se dirigió hacia la puerta y Jim fue tras él. Salieron del despacho, cruzaron el vestíbulo y ganaron el exterior.

—Espérate un momento —dijo Jim. Y cuando su compañero se hubo detenido, preguntó—: ¿De qué forma pensabais volver a Chicago?

—Hay un autobús que pasa cada veinte minutos por la carretera general.

—Está bien, continúa andando.

—¿Piensas ir a entregarme a la policía?

—Sí. Y no hagas más preguntas. Tengo que realizar un trabajo en la ciudad y hemos de darnos prisa.

Todo estaba a oscuras y Jim tenía que estar atento para que Teddy no le sorprendiera.

De pronto, el gánster metió el pie en un bache y cayó en el polvo. Jim apuntó con el arma al cuerpo que se retorció en tierra y dijo:

—Déjate de historias y levántate, Teddy.

—¡Maldita sea! ¿Es que no lo ha visto? Me he doblado el tobillo. Duele a rabiar.

—Levántate o disparo a quemarropa.

Teddy, sin dejar de dar quejidos, se puso a gatas con extremo cuidado, y de pronto embistió como un toro herido. Jim recibió la cabezada del gánster en los muslos y perdió el equilibrio, en el instante en que disparaba. La bala se hundió en el suelo. Teddy no quiso proseguir la lucha porque sabía que llevaba las de perder, como se había demostrado poco antes. Sin vacilar, echó a correr,

saliendo del camino y perdiéndose en la oscuridad. Jim disparó dos veces más, pero no consiguió dar en el blanco.

Todo volvió a quedar en silencio, y entonces, mascullando por lo bajo, continuó andando hacia la carretera general. De una cosa estaba seguro ahora. Conocían perfectamente quién era él y el motivo de su viaje a Chicago. Estaba sentenciado a muerte. Había logrado escapar en esta ocasión, pero tenía el presentimiento de que en la próxima no le irían tan bien las cosas. Debía precipitar los acontecimientos. No podía esperar más, so pena de que al día siguiente o dos más tarde, cualquier ciudadano de Chicago encontrase su cadáver en una callejuela o en las aguas del Michigan.

CAPÍTULO VIII

JIM entró en El Paraíso y buscó con la mirada a Dinah, sin que la encontrase. Entonces se dirigió a la barra y preguntó al patilludo, cuyo nombre había tenido ocasión de conocer.

—¿No ha llegado Dinah, Tom?

—No, señor —contestó el interpelado—. Aún no ha venido.

—¿Y el señor Landy?

—Lo he visto entrar en su despacho hace un momento.

Murray se encaminó hacia el fondo de la sala y llamó a la puerta sobre la que campeaba la palabra: «Dirección».

—Adelante —dijo una voz desde el interior.

Entró y cerró a sus espaldas. John Landy estaba sentado ante una mesa cara y lo miró arqueando las cejas.

—¿Qué desea?

Jim dio unos pasos hacia él.

—Necesito sostener una conferencia telefónica que me urge y la cabina está ocupada. ¿Me permite que utilice su teléfono?

Landy dejó transcurrir tres segundos antes de contestar.

—De acuerdo. Hágalo.

Jim pasó el brazo por encima de la mesa, cogió el auricular y disco el número de conferencias.

—Señorita, quisiera hablar con el Madison 3.241 de Phoenix. Este es el...

Landy se lo dijo.

—Gracias —repuso Jim. Y a continuación repitió el número por teléfono.

Sólo tuvo que esperar unos minutos para que le contestasen desde la Redacción del periódico. Preguntó por Temple, pero ya había abandonado las oficinas. Quien ocupaba su puesto era Bobby Segal.

—Bien, Bobby. Es lo mismo. Pero tendrás que llamar a Temple o ir a su casa en cuanto cuelgues. Se trata de algo relacionado con la muerte de Willie Bioff, alias William Nelson...

De pronto, la voz de Landy le interrumpió:

—Ya ha hablado bastante, señor Murray.

Jim se interrumpió para mirar al gerente del cabaret y lo vio esgrimiendo una pistola con la mano derecha.

Separó el micro de sus labios y lo cubrió con la mano izquierda, mientras inquiría, frunciendo el ceño:

—¿Qué le pasa, Landy?

—Ya lo ha oído. Se acabó su conferencia.

—Sólo he hecho que iniciarla.

—Dígale a su amigo que ha cambiado de opinión y ha de resolver un asunto urgente. Pero tenga cuidado con las palabras que utiliza.

Jim meneó la cabeza en sentido afirmativo y dijo por el teléfono:

—¿Continúas ahí, Bobby? Está bien, muchacho. En realidad iba a dar un mal paso. Se trata sólo de una hipótesis y he decidido comprobarlo. Volveré a llamar mañana. Adiós.

Colgó el auricular y se quedó mirando al rostro de Landy, el cual esbozó una sonrisa, diciendo:

—Es bastante atrevido, señor Murray, pero tiene poca inteligencia. Cuando Teddy me dijo que usted había matado a Donald y había estado a punto de matarle a él, supuse que habría aprovechado la lección para marcharse con viento fresco y no meter más las narices donde no le llaman.

—Pues ya lo ve. Soy un chico testarudo.

—Es un mal asunto para usted.

—Yo creo que lo es, pero para los que de una forma u otra se hallan relacionados con la muerte de Willie Bioff.

—¿Por qué? Aquí no va a pasar nada, o mejor dicho, casi nada. Usted es de esos periodistas de provincia que se creen muy listos

cuando les sale bien un par de cosas. Al parecer, no se ha dado cuenta de que esto es Chicago.

—¿Cree que porque me mate a mí va a poder librarse de la justicia, usted y los que se esconden detrás? No, Landy. Tarde o temprano tendrán su merecido.

—Por de pronto, usted va a tener el suyo. Pero déjese de historias y dígame: ¿De qué medios se ha valido para saber que William Nelson era Willie Bioff?

—Utilizo mis propios métodos de información. Y como puede comprender, se trata de un secreto profesional.

Los ojos de Landy brillaron rabiosos.

—¿Es que se olvida de que le estoy apuntando con un arma, Murray?

—Lo tengo bien presente. Y he de agregar algo. Sabía que iba a ocurrir esto cuando entré aquí. ¿Es que no se da cuenta, Landy? He entrado en este despacho con la excusa de hablar con mi periódico para sacarlo de sus casillas. Todo ha sido premeditado. Yo no tenía nada que decir. Es con usted con quien quería hablar. Como usted ha dicho, soy un periodista de provincia, quizá poco acostumbrado a entendérmelas con gente como usted, pero ha de reconocer que es un insignificante peón en el tablero en que se desarrolla este juego. Tengo que hacerle una proposición. Abra la caja de sorpresas y cuénteme todo lo que me falta saber. A cambio, no citaré su nombre en mis crónicas.

—Quiere saber muchas cosas, ¿eh? —rezongó Landy, apretando los dientes.

—Sí. Por ejemplo, quiero saber dónde se encuentra ahora el rubio asesino.

—¿Y quién sabe dónde está?

—Es evidente que donde se halle residiendo George Browne, el otro testigo que junto con Willie Bioff y Alex Greemberg, hizo posible una condena de diez años contra Gioe, Campagna, D'Andrea y Ricca. Primero liquidaron a Greemberg. Hace una semana a Bioff y ahora le llega el turno a Browne.

Landy soltó una risita irónica y dijo:

—Se ha empapado bien de la historia.

—Y sé aún más de lo que usted supone.

—¿Qué?

—Está claro. Bioff y Browne se repartieron el millón de dólares que lograron ordeñar a la industria de Hollywood cuando amenazaron a ésta con una huelga de proyectores cinematográficos en todo el país. Aparte de la venganza personal, está ese dinero, que es un buen pellizco. Cuando los lugartenientes de Al Capone terminaron los siete años de libertad condicional y dilucidaron entre ellos la jefatura quedando solo Ricca, Greemberg, Bioff y Browne, podían considerarse hombres muertos.

—Usted acaba de decirlo, Murray. Greemberg, Bioff y Browne fueron tres traidores. ¿Por qué pretende usted amparar a cualquiera de ellos?

—Sé que es una lucha entre ratas, pero en ningún país civilizado se permite que cada cual tome justicia por su mano. Empezando por Al Capone, supremo jefe, y terminando por Browne, todos ustedes son basura, pero le ofrezco una oportunidad de salir del estercolero. Le diré lo que debe hacer. Me indica dónde está a estas horas el rubio y yo evito que Browne muera asesinado. El rubio será un testigo formidable, la pieza fundamental para que un fiscal se haga famoso de la noche a la mañana.

—¿Y yo?

—Usted dispondrá de veinticuatro o cuarenta y ocho horas para largarse a México o donde quiera.

—Y allí pediré limosna.

—Llévese consigo el dinero que tenga en caja y podrá ir tirando.

—No sea iluso, Murray. Todos los días ingreso por las mañanas en el Banco la recaudación. Sólo podría llevarme lo de esta noche y con ello no tendría suficiente ni para pasar tres meses en uno de esos pueblos del Sur donde sólo hay moscas y niños desharrapados. No, Murray. Prefiero seguir donde estoy. Al fin y al cabo, sólo consiste en quitarlo a usted de en medio. Y ya que ha venido voluntariamente, voy a aprovechar la oportunidad.

—¿Y qué va a hacer, Landy? ¿Me va a matar aquí?

Hubo un silencio en la estancia, mientras los dos hombres se miraban fijamente. Finalmente, Landy sacudió la cabeza de arriba abajo y dijo:

—Sí Murray. Le voy a matar aquí mismo. Es un sitio como otro

cualquiera y tiene la ventaja de que ni me tengo que levantar de la silla.

—Oirán el disparo y entrarán. ¿Cómo va a explicar la presencia del cadáver?

—¿Le aflige eso? —Landy sonrió y abrió el cajón con la mano izquierda. Cuando la volvió a sacar, tenía en ella un silenciador que puso en la pistola—. ¿Qué le parece ahora?

—Una buena puesta de escena.

—Si está preparado, no tenemos por qué demorarlo más.

Jim inspiró profundamente. No había previsto aquel final. Estaba preparado para muchas cosas, pero no para una tan simple y vulgar como ésta. Había arrostrado aquel peligro, pero en todo momento supuso que existiría una solución para escapar de él.

Vio cómo Landy levantaba pulgada a pulgada la pistola. El ojo negro del arma por donde había de salir el proyectil que cortaría su vida, le apuntó al corazón. Landy y borró de los labios la sonrisa que los había distendido y sus pupilas brillaron maléficamente.

Bien, todo había terminado, se dijo Murray, y esperó el estampido.

De pronto, llegó a sus oídos, produciendo un extraño eco. Pero era un repiqueteo. Alguien había llamado a la puerta.

Los dos hombres se miraron. El rostro de Landy denotaba perplejidad, asombro. Finalmente bajó la pistola hasta hacerla desaparecer entre sus rodillas, delante de la mesa, de forma que el visitante no pudiera verla.

—Recuérdelo, Murray —advirtió ominosamente—. La pistola sigue apuntándole a usted. Haga cualquier diablura y le juro que no lo contará.

—Descuide. Sé cuándo debo jugar mis cartas y ahora las tiene usted mejores.

Landy permaneció unos minutos silencioso, y, finalmente, gritó fuerte:

—¡Está bien! ¡Puede pasar!

Ambos miraron hacia la puerta y ésta se abrió y penetró en la estancia Dinah. La joven quedóse unos segundos inmóvil, cerró a su espalda y avanzó hacia el centro de la habitación.

—¿De negocios? —preguntó, mirando alternativamente a los

dos hombres.

Landy sonrió y levantó la mano con la que esgrimía el arma.

—Exactamente, querida. ¿Sabes que tu amigo ha resultado ser un tipo de cuidado?

Dinah miró a Murray inexpresivamente e inquirió a continuación:

—¿Qué ocurre?

—Es sencillo —contestó Landy—. Murray no es quien aparenta, sino un periodista de Arizona. Reside en un pueblo en donde probablemente la mejor noticia diaria hay que buscarla en la sección de accidentes del tránsito. Por eso nuestro amigo ha venido a buscar fama en Chicago.

Dinah observó durante unos segundos al periodista.

—¿Es cierto, Jim?

—Así es.

—¿Por qué me has engañado?

—Lo siento, pero no tenía más remedio que hacerlo. Al fin y al cabo, a ti no te he hecho ningún daño.

—Yo estoy con ellos y, por tanto, si vas contra Landy, vas contra mí también.

—No sabes lo que dices, Dinah. Ignoras qué clase de tipo es tu jefe.

—Tú eres quien está equivocado.

Jim cada vez estaba más sorprendido. Había sido impresionado gratamente por la muchacha y suponía que ella se encontraba allí trabajando como lo podía haber hecho en cualquier sitio parecido. Ahora se daba cuenta de que había empezado a sentir por ella algo más que afecto.

—Bueno —dijo, con cierto resentimiento en la voz—. ¿Qué está esperando, Landy? Acabemos de una vez la función. Ahora tiene una espectadora en la primera fila de butacas y la oportunidad de que le aplaudan al final de la escena.

Dinah dio la vuelta a la mesa y se puso junto a su jefe.

—¿Vas a hacerlo aquí, John?

—Sí, es mejor terminar de una vez. Los que tenían que haberse encargado del trabajo fallaron el golpe. Por lo visto, Murray fue más listo que ellos.

—¿No te importa que no mire?

—Claro que no, como quieras.

Dinah tenía las manos sobre la mesa y se volvió. Jim contempló una vez más su espalda, su estrecha cintura, sus anchas caderas, las tonalidades brillantes de su negro cabello. A continuación desvió la mirada de ella y la depositó en la pistola.

De pronto, Dinah se volvió rápidamente y estrelló en la cabeza de Landy algo que tenía en la mano derecha.

El gerente del cabaret dobló la cabeza hacia delante y extendió los brazos sobre la mesa, privado del conocimiento.

Jim descubrió que el arma que había utilizado Dinah era un cenicero de cristal.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó a la joven.

—No preguntes y márchate.

—Todavía no me has contestado.

—Piensa lo que quieras. Incluso que me he enamorado de ti. Es una buena razón, ¿no?

—No es suficiente, pero da igual. Vas a venir conmigo.

—Eso es imposible. Márchate, Jim. Puede volver en sí o entrar Flaherty o cualquier otro. Entonces no tendrás salvación.

—¿Y tú, Dinah? Sólo estábamos nosotros dos en la estancia con él. Tú eres la que no podrás librarte de su venganza.

—Correré ese riesgo.

—¿Por qué? —Jim sacudió la cabeza de un lado a otro—. Es inverosímil, Dinah. Estamos perdiendo un tiempo precioso y lo es para los dos, para mí y para ti.

Jim se puso en movimiento. Desprendió de la mano de Landy la pistola y se la guardó. Luego acercóse al desvanecido y le registró los bolsillos. No encontró lo que buscaba y le sacó la cartera. Sí, allí estaba. Era un telegrama de la Western Union expedido en Granville, North Dakota, a las doce y media de aquel mismo día y en él se decía:

«Browne localizado. Liquidaré asunto dentro de cuatro días.

»Tony.»

Jim guardó el telegrama en su bolsillo, luego agarró a Dinah por la muñeca y le dio un tirón, llevándosela tras sí. Cuando se acercaban a la puerta, ella se desasíó, preguntando:

—¿Qué es lo que acabas de quitarle, Jim?

—Algo que está relacionado con mi viaje a Chicago. Precisamente lo que me hacía falta.

—¿Quieres decirme de una vez qué es lo que estás buscando, Jim?

—Trato de dar con el asesino de un hombre que murió en Phoenix, Arizona. Fue volado en su coche con dinamita.

—¿Cómo se llamaba?

—Allí William Nelson, pero aquí, en otros tiempos, tuvo otro nombre: el de Willie Bioff.

Súbitamente, el semblante de la joven palideció.

—Willie Bioff... —repitió en un susurro.

—¿Te recuerda, acaso, algo ese nombre?

—Sí, Jim, me hace recordar muchas cosas. Yo también vine hace un año a Chicago con una misión parecida a la tuya.

—¿Qué tienes que ver realmente tú con todo esto?

—Mi verdadero nombre es Dinah Greemberg.

Jim la miró sorprendido.

—¡La hermana de Alex Greemberg!

—Así es, Jim.

Transcurrieron cinco segundos. Murray dijo:

—Apuesto a que me tienes que contar muchas cosas, pero ya lo harás durante el viaje.

—¿Viaje? ¿Adónde quieres ir?

—Hemos de hacer una carrera de mil quinientos kilómetros. Vamos a Granville, en Dakota del Norte.

—¿Por qué allí? ¿Es que quieres huir?

—No, Dinah, todo lo contrario. En Granville se encuentra en estos momentos el hombre que asesinó a Bioff y que ahora se dispone a matar a Browne. Si conseguimos capturarlo vivo, podremos dar con la banda. Su testimonio es básico para capturar a los demás, ya que sin él ningún fiscal se atrevería a llevar una acusación por falta de pruebas. Habrá muchos peces gordos cuando se recojan las redes.

En aquel instante, oyeron un ruido detrás y Jim se volvió rápidamente, sacando del bolsillo la pistola con el silenciador. Landy ya había tirado de un cajón y extrajo un arma con la que se

disponía a disparar sobre ellos, pero Murray fue más rápido en apretar el gatillo. Sonó un suave estampido e instantáneamente, en la frente del gerente apareció un agujero oscuro. Luego se desplomó sobre la alfombra, quedando boca abajo.

Los dos jóvenes quedaron inmóviles, a la expectativa. Aunque el ruido producido por la pistola había sido muy leve, cabía la posibilidad de que alguien lo hubiese podido escuchar, si se hallaba cerca de la puerta. Pero transcurrió un minuto y no apareció nadie. Entonces, salieron.

La orquesta interpretaba un mambo y las parejas que bailaban en la pista reían y cantaban.

Aquella algarabía les había sido favorable. Salieron del local y tomaron un taxi. Jim preguntó al conductor la dirección de una casa de autos de alquiler que estuviese abierta a aquellas horas, y veinte minutos más tarde, ambos jóvenes corrían en un «Ford» modelo 54, rumbo a Granville, el remoto pueblo que George Browne había escogido como escondite.

Murray sabía que cuando llegase a aquella localidad tendría solamente dos días para salvarlo, lo cual iba a resultar muy difícil si no imposible. No conocía a Browne. Como era natural, ninguno de los vecinos sabría dar razón de él, ya que su verdadera identidad, tal como había ocurrido con Willie Bioff, sería ignorada. Tampoco conocía a su asesino. Únicamente sabía que era rubio y huesudo, pero tales detalles no bastaban, ya que habría docenas de hombres en Granville con esta fisonomía. Además, si el llamado Tony operaba tal como lo había hecho en Phoenix, una o dos personas solamente conocerían su paradero, personas a las que el criminal habría comprado su silencio.

Todo esto pensaba mientras el coche cruzaba raudo las tinieblas de la noche, devorando millas. Hacía más de media hora que habían abandonado Chicago, cuando rompió el silencio en que estaban sumidos, y mirando a Dinah, sentada a su lado, dijo:

—Estoy dispuesto a escucharte. ¿Cuál es tu historia, Dinah?

CAPÍTULO IX

DINAH apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y empezó a hablar:

—Mi padre se casó dos veces. Del primer matrimonio tuvo un solo hijo, Alex. Luego enviudó y al cabo de algunos años, contrajo nuevas nupcias. Dos años más tarde, nací yo. En 1938, cuando yo había cumplido siete años, mi padre compró una casa en Trento, a unas cuantas millas de Nueva York. Había soñado siempre con tener un jardín y al fin pudo ver su deseo realizado. En Nueva York sólo quedó Alex, el cual estaba empleado en un negocio de cordelería. Mi padre se había jubilado ya y con la pensión que recibía teníamos suficiente para vivir los tres. Alex venía a pasar algún fin de semana con nosotros. Al poco tiempo de estar en la nueva casa, falleció mamá.

»Fue en 1940, cuando los Estados Unidos se preparaban para entrar en la guerra. Un día apareció en casa papá con el semblante descompuesto. Le pregunte qué le ocurría y me contestó: “Tú hermano me ha engañado”. Al sábado siguiente, vino Alex. Mi padre me hizo pasar a mi cuarto, pero yo me quedé junto a la rendija para no perder ni una palabra de la conversación. Papá dijo a Alex que por qué le había estado mintiendo. Hacía más de un año que había dejado su puesto en la cordelería. Alex le explicó entonces que un hombre de negocios, con quien entabló amistad, le había ofrecido un cargo de apoderado suyo, pero que estaba sometido a un año de prueba y no quiso decirnos nada hasta que no fuese confirmado en su nuevo puesto. Papá quedó así más tranquilo. Alex nos siguió visitando. Una vez se presentó con un

gran coche. El hombre prosperaba. Era suyo.

»Eso satisfizo a papá enormemente, y yo, que era una chiquilla con nueve años, me sentía orgullosa de mi hermano. Llegó la guerra, pero Alex se libró del enrolamiento alegando cierta incapacidad. A mi padre y a mí nos extrañó sobremanera, ya que desconocimos la existencia de cualquier tara que pudiera tener el muchacho. Él nos explicó que había sufrido una pequeña afección pulmonar de la que le había quedado una mancha. Un día de 1943, Alex apareció en casa todo conturbado. Papá no estaba en aquellos instantes. Nada más llegar, puso la radio. Recuerdo que daban música de baile y de pronto la emisión fue interrumpida y un locutor dio noticias de un asalto que hacía unas horas se había cometido en un Banco de Paterson y en cuyo transcurso había resultado herido gravemente un policía.

»Alex escuchó nerviosamente. Luego apagó la emisión y estuvo fumando un cigarrillo tras otro. Vino papá y él le explicó que había decidido pasar una semana descansando con nosotros. Su patrón le había dado vacaciones. En el transcurso de esa semana, Alex fue recobrando la serenidad. Ello tuvo que ver con que él policía en cuestión había logrado salvarse y entrado en franca convalecencia. Por fin se decidió a volver a la ciudad. Quiso marcharse de madrugada y después de despedirse de mi padre, vino a mi habitación a darme un beso. Me desperté y le pedí algo que lo hizo enrojecer.

—¿Qué fue ello? —preguntó Jim.

—Que rompiese con su jefe y buscase otra clase de trabajo. Alex me miró profundamente a los ojos, dándose cuenta de que yo conocía su secreto. Entonces él me contestó unas palabras, que por más tiempo que pase, nunca olvidaré: «Te lo juro, Dinah. Me llevaron engañado. Cuando pude darme cuenta de lo que era, no pude salir de ello. Yo sólo era el conductor del coche. Pero ten confianza en mí. Te prometo que lo arreglaré».

Dinah hizo una larga pausa.

—Cumplió su promesa. Lo arregló poco tiempo después. Pero de una forma demasiado sensacionalista. El, Bioff y Browne testimoniaron en juicio contra los sucesores de la poderosa banda de Al Capone, Gioe, Campagna, D'Andrea y Ricca. El fiscal hacía muchos cargos contra ellos. Falsedad en las declaraciones de

ingresos, tráfico de estupefacientes, instigadores de atracos y asaltos a mano armada, trata de blancas... Sólo merced a la comparecencia en juicio de Browne, Alex y Bioff, se pudo probar algunas de las acusaciones, y así los cuatro gerifaltes pudieron ser condenados a diez años de prisión.

»Yo seguía ácidamente el curso del juicio a través de la Prensa. Cuando Alex vino a casa después de pronunciado el veredicto, en su rostro se reflejaba un enorme descanso. Ni siquiera se había inmutado cuando uno de los condenados, Campagna, dijo a Bioff y a Browne que los muchachos podían esperar mucho tiempo. Alex y yo habíamos procurado que mi padre no se enterase de nada. Por aquel tiempo, llevaba varios meses enfermo, casi siempre en cama. Luego se agravó y murió. Nos quedamos sin dinero. Browne y Bioff habían testimoniado en el juicio para quedarse con el millón de dólares que cinco años antes lograron arrancar a Hollywood amenazando a su industria con una huelga de proyectores en todo el país, pero Alex no lo había hecho por dinero, sino simplemente para quedar en paz consigo mismo. Al morir mi padre le dije a Alex que debíamos vender la casa y marcharnos a un lugar donde no fuésemos conocidos. Yo tenía presente en mi memoria la amenaza de Campagna y el hecho de que, según me contó Alex, Browne y Bioff habían desaparecido. Mi hermano encontró razonable la proposición y vendimos la casa, pero en vez de irnos a un apartado lugar, nos establecimos en Nueva York.

»Alex estuvo empleado en muchos sitios con diversos nombres, pero por alguna razón se enteraban siempre de su verdadera personalidad y era expulsado de su empleo. Naturalmente, los secuaces de los cuatro jefes encerrados en presidio se las arreglaban para hacerle la vida imposible. Al fin Alex, se cansó y me dijo que se iría a otra ciudad. Yo quise ir con él, pero se negó. Tenía miedo de que me pasase algo. Me dijo era preferible me quedase en Nueva York y que no dejaría de mandarme dinero.

»Se marchó a Louisville, luego a Jefferson City, más tarde a Des Moines. Siempre pasaba lo mismo. Trabajaba unos meses y luego tenía que buscar otro empleo. Por fin, en 1946 se hallaba en Chicago. Fue entonces cuando los gánster fueron puestos en libertad condicional. Aquel hecho me asustó, pero Alex me tranquilizó con una carta. Según él, mientras estuviesen en libertad

condicional, que sería durante siete años, no se atreverían a hacer nada contra él porque su muerte los haría volver a la cárcel y esta vez sería a perpetuidad. Yo me empleé en una librería en Nueva York. Los años fueron transcurriendo. No vi a Alex hasta las Navidades de 1953, en que se presentó en Nueva York. Fueron unas Navidades felices. Me contó que estaba trabajando en un local nocturno de Chicago llamado El Paraíso. Luego se marchó y ya no lo volví a ver más.

La voz de Dinah se había convertido en un susurro. Jim respetó el silencio.

—Al fin, en agosto de 1954, las bestias quedaron en libertad. Alex acostumbraba a enviarme una carta al mes, pero cuando llegó el 30 de agosto y no recibí la que correspondía, me asusté. Dejé transcurrir tres o cuatro días más, y, finalmente, como continuase su silencio, llamé telefónicamente a El Paraíso. Desde allí me dieron la fatal noticia. Alex había muerto hacía una semana. Al parecer, de un ataque cardíaco. Pregunté qué doctor lo había asistido y me dijeron que se llamaba Nordahl. Me desesperé y creí morir. Alex había muerto sin tenerme a su lado.

»Pero poco a poco, se fue abriendo paso en mi mente un pensamiento. Alex debía de haber sido asesinado. Días antes había muerto Gioe acribillado a balazos. Las fieras luchaban entre sí ventilando una jefatura y al mismo tiempo se vengaban de quienes los habían sepultado durante tres años entre los muros de una cárcel. Entonces me decidí a investigar. Vine a Chicago y lo primero que hice fue visitar al doctor Nordahl. Me las arreglé para resultarle simpática y se interesó por mí. Le dije que buscaba trabajo en un local nocturno y me dio una tarjeta para John Landy, el gerente de El Paraíso. Así fui admitida. Naturalmente, di un nombre supuesto, el de Dinah Carson. Presté atención a todo lo que me rodeaba. Nordahl venía muy a menudo por allí, y también un hombre que no le era nada grato a Landy.

Se llamaba Glen Blassety. Me dije que éste sería un buen aliado y dediqué mi atención a él. Nos hicimos buenos amigos. Así supe que había formado parte de la banda de Al Capone y llegó a ser su hombre de confianza, allá por los tiempos de la ley seca. Padecía del corazón. Había caído en desgracia cuando Al Capone fue encarcelado y sus sucesores le arrojaron de la banda. Se comió los

ahorros y ahora vivía de la caridad de sus amigos, que eran muy pocos. Le visité en su casa y un día tuvo un ataque mientras yo estaba allí. Empezó a delirar y a citar los nombres de Bioff, Browne y de mi hermano. Estaba en el buen camino. Blassety se recuperó, pero yo no veía la forma de adelantar un paso en todo aquello hasta que un día me sinceré con él. Le indiqué cuál era mi verdadera personalidad. Me dijo que había cometido una locura. Me rogó que abandonase la ciudad y volviese a mi casa, porque me enfrentaba con una fuerza muy superior a la mía. Le pedí que me ayudase y dijo que por mi bien no podía hacerlo. Así estaban las cosas, cuando tú llegaste... Ahora ya lo sabes todo...

—Bueno, después de todo, Blassety tenía razón —dijo Jim—. Reconozco que eres una chica valiente, pero arriesgaste demasiado al meterte en ese avispero.

—¿Qué va a pasar ahora, Jim?

Murray permaneció pensativo unos segundos y finalmente repuso:

—Quisiera saberlo yo también. Vamos a Granville a evitar que muera otro hombre, pero ignoro de qué forma lo conseguiré si no conozco a la futura víctima ni al presunto asesino. Va a ser difícil, muy difícil... Pero ya se me ocurrirá algo. ¿Qué te parece si duermes un poco ahora? Tenemos por delante muchas millas.

—Quizá sea mejor —convino Dinah—. Nos turnaremos al volante y así podremos descansar los dos.

Jim dio un gruñido de asentimiento.

Dinah reclinó la cabeza en el hombro de él y poco después dormía. El periodista permaneció un rato en actitud reflexiva y finalmente se cansó de pensar. Contempló el rostro de Dinah, sumida en profundo sueño, y la besó suavemente en los labios. Luego, se sintió mejor.

CAPÍTULO X

LLEGARON a Granville al atardecer del día siguiente y alojáronse en apartamentos contiguos del hotel Dakota. Después de tomar un baño, Jim pasó a la habitación de ella, encendieron cigarrillos y se sentaron en un diván.

Dinah preguntó:

—¿Cuál es tu plan para cazar a ese hombre?

—La verdad es que no me he ocupado de trazar ninguno. He pensado que podía tener suerte. Ahora voy a dar una vuelta por ahí y ya te contaré los resultados.

—Yo iré contigo.

—De ninguna manera. Es demasiado peligroso. Tú te vas a quedar aquí quietecita y yo vendré a darte el parte de guerra.

Ella hizo un mohín de contrariedad, pero Jim no le permitió replicar. Antes de salir, le dirigió una sonrisa. Descendió al vestíbulo y acercóse a un pequeño bar que había en un rincón.

El mozo que lo atendía se encontraba solo, leyendo un diario que tenía abierto sobre el mostrador.

—Buenas tardes —saludó, jovialmente, Jim.

El otro levantó la cabeza y, tras observar el rostro del joven, inquirió:

—¿Qué desea?

—Whisky, muchacho. Llevo dos días sin probarlo y eso es muy malo para el cuerpo.

—Pues lo siento, pero va a tener que seguir sin saber a qué sabe.

—¿Cómo es eso? ¿Va a decirme que no tiene una botella de

whisky?

—Verá, caballero. En Granville tenemos impuesta la ley seca.

—No me diga.

—Así es. Fue un acuerdo del Ayuntamiento. Puedo servirle una Coca-Cola o una cerveza.

Jim hizo una mueca de contrariedad.

—¿Por qué no un refresco de zarzaparrilla?

El mozo asintió y en un instante le preparó el refresco, se lo puso delante y reanudó la lectura del diario. Jim bebió un trago y soltó una maldición porque le supo a demonios.

—¿Qué le pasa? —preguntó el mozo—. ¿No le agrada?

—Quizá sea porque no estoy acostumbrado a bebidas de tal alta graduación. —el cerebro de Jim trabajaba aprisa, sacó varios billetes y los mostró, reteniéndolos en su mano, mientras decía—: Alguien se podría ganar cinco dólares con sólo decirme dónde podría beber un vaso de whisky.

Hubo un silencio. El mozo se rascó suavemente una mejilla y luego alargó la mano y tiró de los billetes, pasándolos a su poder.

—Salga a la calle, tire hacia la izquierda y doble la tercera transversal. En la penúltima casa de la derecha encontrará lo que busca. Es una cervecería, pero si lo paga bien, le podrán servir lo que desea.

Tenía la esperanza de que al asesino también le gustase el whisky, en cuyo caso era lógico pensar que lo hubiese buscado como él.

Siguió las indicaciones recibidas y minutos más tarde penetraba en un local que se componía de un mostrador y una espaciosa sala donde se hallaban distribuidas una docena de mesas. Al fondo, dos hombres ventilaban una partida de billar. En aquellos momentos, sólo habría media docena de parroquianos hablando quedamente, y la atmósfera sólo era perturbada de vez en cuando por el restallido que producían las bolas al entrechocar.

Jim se aproximó al mostrador que era atendido por un hombre robusto, de cabello crespo y cejas espesas.

—¿Qué le voy a servir? —preguntó, mirando a Jim.

—Para empezar, ponga una cerveza.

Jim bebió la cerveza a pequeñas dosis. El cejudo se había

apartado de él y se entretenía en secar vasos al otro extremo del mostrador. Pero al ver que había terminado su cerveza, se le acercó, inquiriendo:

—¿Le sirvo otra?

—No, con una tengo bastante. Necesito algo mejor. Por ejemplo, whisky.

—No tenemos whisky.

—La letra de esa canción ya la he oído antes de ahora. ¿Qué le parece tres dólares por un vaso?

—No tenemos whisky.

—¿Cinco dólares? Y no me diga que no tiene whisky otra vez. Un conocido mío lo bebió aquí no hace muchos días.

—¿Quién?

Jim se encomendó al cielo y respondió:

—Un caballero de pómulos salientes y cabello rubio.

Hubo un largo silencio. Los dos hombres se miraron sin pestañear.

—¿Y dice que es amigo suyo?

—Seguro. Él y yo somos viajeros. Hicimos juntos el viaje desde Bismark a Minot. Luego, él se vino aquí hace una semana más o menos y yo seguí hacia el Norte para ver a unos clientes. Nos volvimos a encontrar en Mohall y me contó lo que pasaba en Granville con el whisky.

Jim esperó una respuesta. No se había comprometido mucho, puesto que era perfectamente posible. Entre Granville y Mohall, la localidad en que aseguraba se había encontrado con el rubio, sólo existía una distancia de ciento cincuenta kilómetros. De modo que si el rubio se había dejado caer el día anterior por allí, el hombre del mostrador no podría ponerle ningún reparo.

—De acuerdo, se lo podré servir, pero habrá de esperar un rato.

—¿Por qué?

—Uno de los tipos que hay ahí, el del sombrero gris, es un inspector de policía. Nos trae fritos con su vigilancia, pero cuando nos hace una visita siempre acostumbra a marcharse al cabo de media hora.

—Está bien. Esperaré.

Hubo una pausa y de pronto el cejudo dijo:

—A propósito, su amigo el viajante estuvo aquí.

Jim estuvo a punto de dar un respingo, pero logró contener su emoción.

—¿Cuándo? —inquirió.

—Aún no hace un par de horas. Pidió una botella pero no se la pude servir porque se me habían acabado las existencias. Tenía que traerla del almacén.

—¿Y no ha vuelto por ella mi amigo?

—No. Dejó una dirección para que se la enviase con un muchacho.

Jim tragó saliva. Aquello se presentaba más fácil de lo que había supuesto. El siguiente paso era el decisivo. Esbozó una sonrisa y exclamó, con voz jovial:

—¡Menuda sorpresa se va a llevar cuando me vea aparecer en su habitación! ¿Sabe? Resulta que los dos éramos partidarios del Club de los Yanquis. Estuvimos hablando toda una noche en el tren sobre los partidos de la Serie Americana. Dígame dónde lo puedo encontrar.

—Se aloja en la pensión de la señora Hepburn, en el número treinta y dos de esta misma calle.

Jim sacó una moneda de a dólar y la echó encima del mostrador. Estaba girando sobre sus talones, cuando el otro preguntó:

—¿Se va a ir sin tomar su vaso?

El periodista sacó el fajo de billetes del bolsillo, separó cinco dólares y los puso junto a la moneda, explicando:

—Se lo pago por adelantado. Ya volveré a tomarlo.

Salió del establecimiento.

El número treinta y dos de la calle, era una casa de dos pisos rodeada de un jardín.

Por las ventanas de arriba y de abajo salía un chorro de luz. Abrió la puerta del jardín, cruzó un corto pasillo de cemento, ascendió un tramo de tres peldaños y cuando se detuvo bajo el pórtico pulsó el timbre. Al poco rato, la puerta se abrió, apareciendo en el hueco una mujer de unos cincuenta años de edad, cabello blanco recogido en la nuca y cara simpática.

—Buenas noches, señora Hepburn.

—¿Me conoce?

—Me dieron su dirección en el Municipio. Soy el nuevo inspector de bebidas alcohólicas, señor Murray.

El semblante de la mujer se turbó:

—¿Bebidas alcohólicas? ¿Qué tengo que ver con eso? Le aseguro que en mi casa sólo entra leche. Exactamente un litro y medio diario. Puck no puede pasar ni un día sin medio litro por lo menos.

Jim entrecerró los ojos. ¿De modo que ahora se llamaba Puck? Bien, no importaba su nombre. Lo interesante es que fuera el tipo rubio.

—Lo siento, señora Hepburn —dijo—. Pero he de comprobar mis informes haciendo un registro.

—Desde luego, mañana mismo haré una protesta al alcalde. ¡Esto es un atropello!

—Comprenda que también resulta enojoso para mí. Pero he de cumplir con mi deber.

—Está bien. Pase.

Jim cruzó el umbral y siguió a la señora Hepburn hasta el living-room. Este no tenía nada de particular. Estaba amueblado como correspondía a una casa de la clase media en un pueblo rural.

El periodista vio en un rincón una radio colocada sobre un mueble. Se acercó a éste y abrió la puerta inferior. Dentro no había más que libros. Al incorporarse, preguntó:

—¿Está sola en la casa, señora Hepburn?

—No, señor.

—¿Quién hay con usted?

—Tengo un huésped en el piso de arriba.

Jim observó la escalera que había al fondo. Una i escalera de caracol en cuya parte superior se iniciaba un pasillo en forma de arco.

—Si he de decirle la verdad, señora Hepburn, mi informe no se refería a usted, sino a su huésped.

—En ese caso, siéntese usted y yo iré a decirle que baje.

—No es necesario. Ya conoce la índole de mi trabajo. Seré yo el que suba.

Echó a andar y antes de iniciar el ascenso por el tramo de madera, observó en el semblante de la señora Hepburn cierta

preocupación.

—Es la segunda puerta de las tres que vea a la izquierda —le indicó ella.

Jim, una vez arriba, dejó atrás el arco y acercóse a la puerta tras la que se encontraba el huésped de la señora Hepburn. Se detuvo y sacó la pistola provista de silenciador. No podía dar ninguna ventaja al rubio. Cogió con la mano izquierda el tirador de la puerta y lo hizo girar suavemente. Luego la empujó con fuerza y se introdujo de un salto en la habitación.

Sí, allí estaba, tendido en la cama, en mangas de camisa, mirándole con ojos desorbitados.

CAPÍTULO XI

—¿QUIÉN es usted? —preguntó el rubio—. ¿Qué quiere?

—Me costó trabajo encontrarle. Tony, pero al fin ha sido posible —le contestó Jim, empujando la puerta con el pie para cerrarla.

—¿Tony? —repitió el otro. Y empezó a incorporarse hasta quedar sentado al borde de la cama—. ¡Yo no soy Tony!

—¿De veras? ¿Cómo se llama ahora?

—Mitchael, Mitchael Curter... Siempre me he llamado igual.

—No le vale, compañero. Está metido en la ratonera y no podrá salir de ella.

El llamado Curter ya había empezado a transpirar sudor.

—Oiga, quienquiera que sea usted, le aseguro que está cometiendo un error —dijo, con voz atemorizada.

—No, Tony. Esta vez he trabajado sobre seguro.

—¡Por todos los infiernos! ¿Por qué me ha de ocurrir a mí esto? —hizo una pausa y luego movió la cabeza nerviosamente, en sentido afirmativo—. Está bien. Usted gana. Yo fui quien compró una botella de whisky al gorila del bar. ¡El muy canalla! Apuesto a que fue él mismo quien le dio el soplo.

Luego se irguió y quiso levantar el colchón.

—¡No haga eso! —gritó Jim.

Su interlocutor volvióse hacia él, con el ceño fruncido.

—Sólo quería entregarle la botella.

—Una buena estratagema, Tony, pero ya hace tiempo que abandoné la escuela de párvulos.

—¿Qué estratagema ni qué rábanos? Me disponía a entregarle la

botella de whisky.

Los ojos de Murray indagaron por la habitación. No, no encontró arma alguna. Era evidente que había estado acertado. La pistola la tenía debajo del colchón.

—Con que la botella, ¿eh? —murmuró—. De acuerdo, compañero. Apártese de ahí. Yo mismo la cogeré.

Curter retrocedió tres pasos y Jim describió un círculo para mantenerse alejado de él y evitar cualquier contratiempo. Luego cogió el colchón y tiró de él bruscamente. Se quedó perplejo observando una panzuda botella de whisky. Pero allí no había ninguna pistola.

—¿Dónde la tiene? —preguntó, mirando a Curter con la frente arrugada.

—¿No la ve ahí?

—Me refiero a la pistola.

—¿Qué pistola? ¿Sabe qué le digo? Que está usted loco de atar. Le repito que me llamo Michael Curter, que soy viajante de comercio y que he comprado una botella de whisky en este cochino pueblo para quitarme una maldita gripe que he cogido al venir aquí.

—¿Tiene algún documento que lo pruebe?

—Claro que sí. Todos los que quiera.

—Está bien. Quédese ahí. Yo cogeré la cartera de su chaqueta.

Jim se quedó más perplejo todavía cuando extrajo de la cartera una tarjeta de identidad a nombre de Michael Curter, expedida por la Agrupación de viajeros de comercio de Bismarck. También encontró una fotografía en la que aparecía Curter con una mujer de unos treinta y cinco años y tres chiquillos. Todos estaban en traje de baño.

—¿Quiénes son? —preguntó.

—Mi mujer y mis tres hijos. Vivimos en Bismark, pero pasamos el verano en una cabaña que tenemos en el lago Long.

—¿Qué es lo que vende usted?

—Objetos de cuero. Cinturones, pulseras, bolsos y otras chucherías.

Jim vio un armario empotrado en la pared.

—¿Qué hay ahí?

—Guardo la maleta.

—Sáquela y ábrala en el suelo.

Curter obedeció y un minuto más tarde, abrió la maleta, en cuyo interior vio Jim una infinidad de artículos de cuero. Luego el viajante se enderezó y quedó en suspenso.

Murray se frotó la barbilla con la mano libre, mientras hacía chasquear la lengua.

—¿Me va a imponer una multa muy fuerte por lo de la botella? —preguntó de pronto Michael, con voz dolorida.

Jim lo miró durante un rato, observando que sus pómulos no eran muy salientes.

—No, señor Curter —respondió—. Creo que no le voy a imponer multa alguna. Después de todo, usted estaba utilizando el whisky como medicina, ¿no es así?

La cara de Michael se iluminó con una sonrisa y metió rápidamente la mano en el bolsillo sacando unos billetes con intención de entregárselos a Jim, pero éste le atajó:

—No, señor Curter, no haga eso. Soy un funcionario celoso del cumplimiento de su deber. —caminó hacia la puerta y después de abrir, giró la cabeza, añadiendo—: Celebraré que cure pronto de su gripe.

Luego, salió al corredor, cerrando la puerta. Descendió al living-room, donde lo esperaba la señora Hepburn.

—¿Ha ocurrido algo, señor Murray?

—No, me informaron equivocadamente. —Jim hizo una pausa y después preguntó—: ¿No habló de que tenía a Puck también con usted?

—Sí, señor.

—Llámelo. Quiero verle.

La señora Hepburn se acercó a una puerta interior y llamó fuerte.

—«¡Puck!»... ¡Ven aquí enseguida!

Se oyó un cascabeleo y apareció un perro de aguas a los pies de la mujer.

Jim lanzó un gemido y encaminóse a grandes zancadas hacia la puerta.

—Adiós, señora Hepburn —dijo, despidiéndose—. Perdone que

la haya molestado.

Mientras andaba por la acera se dedicaba los peores insultos. No era más que un estúpido detective aficionado. Había fracasado ruidosamente. No, no podía salvar a George Browne. El rubio pronto estaría dispuesto a dar el golpe y por más que se estrujaba el magín, no encontraba la manera de evitarlo. Había muerto Greemberg, luego Bioff y por último, iba a morir el tercer testigo. Él, Jim, había querido utilizar a éste como pieza de reclamo, pero como un cazador novato, a pesar de todo ello, iba a regresar a su casa con las alforjas vacías. Una luz brillante se proyectaba desde la fachada de enfrente. Era el anuncio luminoso del diario de la localidad. Se llamaba Correo de Granville. Ello le recordó que en El Clarín de Phoenix no sabían nada de él desde hacía más de cuarenta y ocho horas. Pero, ¿qué podía comunicar a Temple? Solamente una hipótesis más y otro desplazamiento sin ningún resultado práctico.

De súbito, se detuvo contemplando el anuncio. Permaneció inmóvil durante más de un minuto, y de pronto, echó a correr, cruzó la calle y penetró en el edificio donde se ubicaban las oficinas del Correo de Granville. Subió de dos en dos los peldaños y empujó una puerta de vidrio esmerilado. Dentro vio una sala en que trabajaban media docena de personas y un mostrador. Se dirigió a una joven de cabello rojizo.

—Quisiera poner un anuncio, señorita. Es urgente. Quiero que salga en la edición de mañana.

—Sí, señor. Creo que llega usted todavía a tiempo. Diríjase a la señorita Smith, la que está al fondo.

Murray dio las gracias y recorrió la distancia que lo separaba del lugar en que trabajaba la señorita Smith, una morena de muy buen ver. Le explicó su deseo y la joven le ofreció un impreso y una pluma.

Jim escribió:

«Necesito hablar urgentemente con George Browne.
Lláname hoy al teléfono 142.

»Tu amigo,

»Willie Bioff.»

Abonó el importe del anuncio y regresó al hotel.

Dinah lo estaba, esperando en su apartamento.

—¿Cómo han ido las cosas? —preguntó ella.

—Bastante mal —contestó él, dejándose caer en el diván—. Mi único intento por establecer la identidad del rubio ha fracasado. Me he dado cuenta de que el tiempo está contra nosotros y he puesto un anuncio en el periódico de la localidad.

—¿Un anuncio? —repitió ella, frunciendo el ceño.

—Sí, me he hecho pasar por Willie Bioff. Necesito hablar urgentemente con George Browne. ¿Te das cuenta? Es la única forma de poder establecer contacto con él. Su sentencia de muerte va a ser ejecutada de un momento a otro e ir a la policía en estas circunstancias no serviría de nada. Ellos tampoco saben quién es Browne.

—Entonces, no sé lo que pueda ocurrir. De todas formas, Browne tendrá ahora una oportunidad de enterarse de que está llegando a su fin. No había dónde elegir, Dinah. Esa era la cuestión.

—Sí, creo que sí.

—He dado el teléfono del hotel. Si Browne lee el anuncio y se decide a contestar, considerará que no arriesga nada escuchando una voz a través de un hilo.

Al día siguiente, muy de mañana, Jim se entrevistó con la telefonista del hotel y contra la entrega de diez dólares, se aseguró de que cuando alguien preguntase por Willie Bioff, le pasarían la comunicación a su apartamento. Luego salió a la calle, compró un ejemplar del Correo de Granville y regresó a su habitación.

Abrió el diario por la sección de anuncios por palabras y buscó ávidamente el suyo. Lo vio enseguida. No faltaba ni sobraba palabra alguna de las que él había escrito en el papel.

Poco después, Dinah entró y él le entregó el periódico, señalándole con el dedo el lugar donde se insertaba el anuncio.

—Bueno —dijo ella, después de haberlo leído—. Esperemos que te acompañe el éxito. ¿Has desayunado?

Jim meneó la cabeza en sentido negativo. Dinah cogió el teléfono y pidió subiesen dos desayunos a base de tostadas con mantequilla, jugo de tomate y café.

Cuando dieron buena cuenta de todo ello, encendieron

cigarrillos, y quedaron un rato en silencio. Trataban de demostrar que ninguno de ellos estaba nervioso, pero les era difícil porque sus miradas iban constantemente al teléfono, esperando que de un momento a otro empezase a sonar. Eran las nueve y media cuando llegó el ansiado repiqueteo. Los dos se levantaron bruscamente. Fue Jim quien cogió el micro y tras inspirar profundamente, se lo acercó, preguntando:

—¿Quién llama?

No contestó nadie.

Por fin le llegó una voz ronca, vacilante:

—¿Es usted Willie Bioff?

Jim no pudo evitar un estremecimiento.

—Sí, Willie Bioff —convino.

Jim no supo de pronto de qué forma plantear la cuestión. Demasiado entusiasmo podría ser perjudicial. Era preferible mantener el tono de solemnidad con que habían iniciado la conferencia.

—Necesito hablar contigo, George.

—¿De qué?

—De algo muy trascendental.

—No lo será para mí.

—Ahí te equivocas. Nos interesa a ambos. Pero puedo jurarte que si hablas conmigo, tú serás el más beneficiado.

Hubo unos instantes de vacilación en el hombre que se hallaba al otro extremo de la línea, pero finalmente, dijo:

—Está bien, Willie. Hablaremos. Pero recuerda que los viejos tiempos han pasado. ¿Cuándo nos vemos?

—Me alojo en el hotel Dakota, con el nombre de Jim Murray, apartamento 32. ¿Te parece bien dentro de una hora?

—De acuerdo. Iré.

Jim oyó que su interlocutor colgaba y él también lo hizo. Se volvió hacia el lugar donde se encontraba Dinah y sonrió chasqueando los dedos.

—Esto marcha, muchacha. Nuestro rubio asesino tendrá sesenta minutos para dar su golpe y como no los aproveche bien, cosa poco probable, Browne se habrá salvado.

—¿Y luego?

—Convenceré a Browne para que hagamos una visita a la policía local. Creo que será fácil, puesto que se dará cuenta de que la única salvación que existe para él, es la de dar con el rubio. ¿Sabes una cosa? Es ahora cuando necesito un refresco de zarzaparrilla.

—Yo también beberé —convino ella—. Pediré dos vasos.

Se encaminó hacia el teléfono y cuando acercaba su mano a él, el timbre volvió a sonar. Dinah se quedó inmóvil y Jim arrugó la frente, contemplando el aparato.

El timbre seguía sonando con intervalos regulares. Jim se trasladó junto a Dinah y cogió el auricular.

—¿Quién llama?

—¿Hablo con Willie Bioff?

—El mismo. ¿Quién está ahí?

—Soy George Browne, Willie. Acabo de leer el anuncio del diario y te he llamado inmediatamente.

A pesar de que acababa de desayunar, Jim sintió un vacío en el estómago. Desde luego, aquella voz era distinta de la del primer hombre que le había hablado como George Browne. Lo comprendió todo en un instante. Uno de aquellos dos hombres era realmente Willie y el otro, el rubio, el asesino.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Willie? —oyó que preguntaba el otro.

—Ven al hotel Dakota, apartamento 32 y lo sabrás.

—De acuerdo. ¿Cuándo quieres que vaya?

Jim consultó el reloj. El primero que había llamado llegaría aproximadamente al hotel a las diez y media. Citaría a éste para treinta minutos más tarde.

—De acuerdo, George. Ven a las once. En Granville me llamo Jim Murray.

—No hay más que hablar. Ahí estaré a esa hora. Hasta luego.

Jim colgó el auricular y giró hacia Dinah. Los dos jóvenes se miraron fijamente.

—¡Santo cielo, Jim! ¿Qué es lo que va a pasar ahora?

—No lo sé, pero creo que vamos a tener una mañana muy movidita.

—Será mejor que avises a la policía.

—Ni una palabra de eso. Todo se vendría abajo. Puede salir bien si procedo con cautela. Quizá sea esto lo mejor que podía ocurrir. Sé que el asesino es rubio y tiene los pómulos salientes. Eso ya es algo y bastará para identificarlo. No te preocupes, recibiré a uno y a otro con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta, precisamente en el que guardo la pistola. En cuanto vea en ellos un movimiento extraño, no me andaré con remilgos para enseñarles el arma. Anda, Dinah, sé buena chica y pide dos refrescos.

Dinah así lo hizo y minutos más tarde, un mozo dejaba sobre una mesa el pedido. Bebieron silenciosamente sentados en el diván, fumando cigarrillos. A las diez y veinte minutos, Jim extrajo del bolsillo la pistola y se aseguró de su buen funcionamiento. Luego se levantó.

—Será mejor que te marches ya, Dinah.

—¿Y si me quedase? Puedo ser tu novia.

—No quiero que te veas envuelta en esto. Las cosas podrían salir de forma distinta a las que yo espero y jamás me perdonaría el que te sucediera algo.

—Pero es que si me voy a mi apartamento, no podré escuchar lo que se hable aquí. ¿Sabes lo que voy a hacer? Me meteré en ese cuarto. No te molestaré lo más mínimo.

En ese instante se oyó el zumbador de la puerta.

Jim decidió rápidamente:

—Está bien. Métete ahí. Pero por lo que más quieras, no hagas el menor ruido.

Dinah desapareció en el dormitorio, cerrando tras ella. El periodista guardó la pistola en el bolsillo, pero conservó la mano sobre la culata, se acercó a la puerta con paso resuelto, tragó saliva y abrió de un tirón. En el corredor había un hombre, mofletudo, de unos cincuenta años de edad, robusto, vestido con un traje de espiguilla. Tenía la frente abombada, los ojos castaños y la nariz roma. Su cabello, el que se veía bajo el sombrero gris que lo cubría, era negro con algunas canas.

El individuo en cuestión frunció la frente, y tras mirar a Jim, dijo:

—¿No es éste el apartamento 32?

—Sí.

—Me ha citado aquí Willie Bioff.

—Pase, Browne.

El visitante se quedó unos instantes indeciso y finalmente aceptó la invitación, aunque de mala gana. Jim procuró no darle nunca la espalda y después de cerrar, lo miró con más interés. Dedujo que aquél debía ser el verdadero Browne.

—¿Quiere sentarse, Browne?

El otro replicó con una pregunta:

—¿Es que no está Bioff?

—Willie no puede estar aquí, Browne.

—¿Qué quiere decir? Puso un anuncio en el periódico. No hace aún una hora que he estado hablando con él por teléfono. ¿Qué es lo que le ha pasado?

—Está muerto.

Los ojos castaños se agrandaron.

—¿Muerto? No puede ser.

—Lo mataron hace días en Phoenix, Arizona. Allí se hacía pasar por William Nelson, un honrado granjero. Lo liquidaron de una forma hábil. Cuando Nelson tocó la puesta en marcha de su coche, estalló una carga de dinamita que una mano asesina había preparado concienzudamente.

El hombre del sombrero gris bajó la mirada al suelo y se dejó caer en el sillón cercano con un gesto de desaliento.

Jim se sentó frente a él.

—Usted sabe lo que quiere decir eso, ¿verdad, Browne?

El aludido levantó el rostro, mostrando una expresión de estupidez.

—¿Qué decía? —murmuró.

—Está tan claro como el agua y usted lo sabe. Alex Greemberg, Willie Bioff y usted testimoniaron contra Gioe, Campagna, D'Andrea y Ricca en aquel juicio del año 1943 que se celebró en Nueva York. Sus declaraciones sirvieron para que los cuatro fueran condenados a diez años de prisión. Cuando Campagna iba a ser conducido a la prisión, se acercó a donde estaban Bioff y usted y dijo que los muchachos podrían esperar mucho tiempo. Ustedes, excepto Greemberg, tomaron toda clase de precauciones, pero ya ve, no les ha servido de nada. Sabían que mientras los jefazos

estuviesen en libertad condicional, no intentarían nada contra ustedes, hasta que aquélla fuese definitiva. Eso ocurrió en agosto de 1954 y desde entonces han trabajado aprisa. Primero mataron a Greemberg, valiéndose de un veneno que no deja huella. Puede estar seguro de que fue digitalina. Con diez gotas se paraliza un corazón y ya sabe cuál es el diagnóstico del médico cuando examina el cadáver: «Ataque cardíaco.» Otros muchos han muerto así. Campagna y D'Andrea también tenían, al parecer, un corazón débil, pero claro, éstos fueron muertos porque sólo debía quedar un jefe. Cuatro eran demasiados. Volviendo a ustedes, los testigos, después de Greemberg, le ha llegado el turno a Willie Bioff y ahora sólo queda usted.

—Comprendo —murmuró el otro—. Muchas veces me he dicho a mí mismo que tarde o temprano llegaría esto. Ellos son como alimañas que no descansan hasta haber vertido su ponzoña.

—Pero por fortuna para usted, yo he llegado a tiempo de impedirlo.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—El nombre que he dado en el hotel es el mío verdadero. Soy un periodista de El Clarín de Phoenix, a quien interesó enormemente la forma en que había muerto Nelson. Empecé a investigar y aquí me tiene después de haber recorrido en diez días cinco mil kilómetros.

—¿Qué quiere que haga, señor Murray?

—Iremos a la policía y pediremos su protección. Conseguiremos que fleten un avión para nosotros. Hemos de ir a Nueva York en el menor tiempo posible, y allí, en el Juzgado que falló aquel juicio, presentará una denuncia que hará estremecer al país entero.

—¿Cree que conseguiremos llegar?

En aquel momento, sonó otra vez el zumbador.

—¡Maldita sea! —rezongó Jim, levantándose de un salto.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es el que llega ahora?

—Su asesino, señor Browne.

El aludido dio un respingo y se levantó también del sillón.

—¿Cómo lo ha citado aquí al mismo tiempo que a mí, señor Murray? ¿Es que se ha vuelto loco?

—No tuve más remedio que hacerlo, pero no se inquiete, no

ocurrirá nada. —Jim le mostró la pistola—. Esto servirá para hacerlo entrar en razón rápidamente. Quiero que venga también con nosotros a Nueva York.

Jim se acercó a la puerta tras la que se hallaba Dinah y abrió. La joven había retrocedido dos pasos.

—Dinah, éste es George Browne —indicó Jim, rápidamente—. Permanecerá aquí contigo mientras yo me las entiendo con ese criminal.

—Por lo que más quieras, Jim, ten cuidado —recomendó Dinah.

Murray empujó al hombre que tenía al lado hacia dentro y luego cerró la puerta. En la entrada seguía sonando el zumbador.

Caminó a grandes zancadas y tras guardar de nuevo la pistola, abrió.

El hombre que había en el corredor frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era alto, dos o tres pulgadas más que Jim, de ojos claros, cabello negro y rostro anguloso. Se cubría con un traje marrón y sombrero del mismo color.

—¿Quién es usted? —preguntó Jim, apretando con firmeza la culata del arma en el bolsillo.

—George Browne. Un amigo mío, Willie Bioff, me citó en este apartamento. ¿No está él?

—Sí, puede estar seguro de que sí. ¿No pasa?

El otro miró a un lado y otro del pasillo, como si quisiera cerciorarse de que no había sido seguido, y penetró en la habitación. Jim cerró y caminó hacia el centro de la estancia, diciendo:

—¿No se sienta, señor Browne?

—Muchas gracias. —y cuando se hubo sentado, añadió—: ¿Quiere avisar a Bioff? He de salir de aquí cuanto antes.

—¿Por qué tanta prisa, señor Browne?

—Es cuestión mía. No he venido aquí a hablar con usted, sino con Bioff.

Jim soltó una risita.

—Es usted un buen comediante, pero no le sirve de nada.

—¿De qué está hablando?

—Sabe perfectamente que Bioff no puede hablar con usted. ¿O es que acaso cree que falló la carga de dinamita? No, le salió

perfectamente. Como usted había calculado, Bioff fue quien quiso poner en marcha el vehículo y, por tanto, quien salió hecho pedazos por el aire.

—Sigo sin comprender nada.

—No sea terco. ¡Está cazado! Se acabó su buena racha.

El hombre que tenía enfrente se humedeció los temblorosos labios y repuso:

—¿Quiere decir... que Bioff... está muerto?

—No sea cínico. Usted lo asesinó.

—¡Por todos los santos del cielo! ¡Bioff muerto! Eso quiere decir que ahora me toca a mí, que no me ha servido de nada el haber venido aquí tan lejos... Y tampoco me ha valido que cambiase de nombre..., que haya llevado una vida honrada bajo la identidad de Keith Dalond...

—Deje ya de representar ese papel —le interrumpió Jim, con voz no muy segura, porque en su cerebro acababa de nacer la duda.

—Estoy diciendo la verdad.

El hombre que aseguraba llamarse ahora Dalond, echó mano al bolsillo interior de la chaqueta.

—¡No haga eso o le agujereo la piel! —ordenó Jim, sacando la pistola.

—¿Es eso? —los ojos de su interlocutor se desorbitaron—. Es usted mi verdugo, ¿verdad...? Dispare cuando quiera. Al menos, descansaré... Estoy harto... Doce años temiendo que esto llegase. He vivido en un verdadero infierno. Ande, tire. ¡Me hará un favor!

—Levante las manos —ordenó Jim.

Y cuando el otro obedeció, acercósele y extrajo su cartera.

Sí, allí estaba. Era una tarjeta que establecía la identidad de Keith Dalond, fabricante de loza, y estaba expedida por la Cámara de Comercio de Granville.: La fotografía no dejaba lugar a dudas. Era el hombre que tenía delante.

Jim sintió algo así como si el suelo se abriera bajo sus pies. Ahora lo veía claro. George Browne era el que tenía a su lado y el otro, el que se encontraba en el dormitorio tras aquella puerta cerrada..., ¡era el asesino! ¡Y con él estaba Dinah!

Entonces fijó su mirada en la puerta y de pronto, ésta se abrió de golpe. En el hueco apareció el individuo que había precedido a

Browne en su visita. Se escudaba en Dinah, a la que sujetaba férreamente por la cintura con la mano derecha, mientras con la izquierda esgrimía una pistola calibre 38.

CAPÍTULO XII

—¡SUELTE el quitapenas, Murray!

Jim obedeció, dejando caer la pistola, que chocó blandamente contra la alfombra.

El asesino empujó entonces a Dinah, arrojándola sobre el periodista, y penetrando en la habitación.

—Bien —declaró—. Esto ha salido como esperaba.

—Confieso que es usted listo, señor... —repuso Jim—. ¿Cómo he de llamarle?

—Dino Ficher.

—Alias el Carnicero. Le va mejor.

Ficher entreabrió los labios, enseñando los colmillos.

—No está mal —murmuró—. Quizá sea ése el apodo que me den cuando termine con ustedes.

—¿Habla en serio de matarnos a los tres?

—En mis cuentas sólo entraba uno, pero usted ha ido demasiado lejos, Murray.

—¿Sabía que andaba tras sus pasos?

Jim quería alargar la escena cuanto pudiese. No creía que existiese la menor posibilidad de escapar. Ficher era un veterano del oficio y apretaría el gatillo en cuanto lo viese a él desplazarse más de dos pulgadas, pero al menos se enteraría de algunos pormenores del caso antes de que la muerte lo cogiese entre sus brazos.

—No, Murray —contestó el asesino—. Cuando salí de Phoenix, no tenía el menor pensamiento de que alguien se hubiese oído el

pastel. Naturalmente, lo de Bioff era un asesinato, pero creí que había tomado mis medidas para que la policía no me pudiese pescar. Invertí un mes enterándome de todas las costumbres de Bioff. Visitaba la ciudad con irregularidad. Incluso algunas veces se quedaba él en su casa y marchaba la mujer en la camioneta. Pensé lo de la carga de dinamita. Era una estupenda idea, pero debía tener seguridad de que quien pusiese el coche en marcha en el momento oportuno fuese Bioff y no su mujer. Por ello tuve que esperar tanto tiempo, pero al fin mis esfuerzos se vieron recompensados.

«Tres días antes de que Bioff muriese, fue a la ciudad y entró en un establecimiento de material agrícola. Yo penetré tras él y me puse a mirar distraídamente una de aquellas herramientas. Escuché la conversación que Bioff mantenía con el dueño. Necesitaba una segadora de césped, pero el comerciante no la tenía. Las estaba esperando. Dijo que le telefonaría en cuanto las recibiera. Luego Bioff se marchó. Estaba claro. Dejé transcurrir otras cuarenta y ocho horas. Llamé por teléfono desde la ciudad a Bioff, me hice pasar por el vendedor de maquinaria y le dije que lo que él deseaba ya había llegado. Me anunció que a las nueve o nueve y media de la mañana siguiente, iría por la tienda. Fue todo fácil. Me dejé caer por el garaje aquella noche y lo dispuse todo. A la mañana siguiente, estaba yo en la estación de Phoenix esperando el tren que tenía que sacarme de allí, cuando circuló la noticia por el andén. Nelson había volado en pedazos.

—Estupendo —comentó Jim—. ¿Y lo de Greemberg?

—Fue como cortar mantequilla. Alex no me conocía a mí. Yo resido en Nueva York, y me contrataron para ejecutar las tres sentencias de muerte. Greemberg fue el primero en caer. No me costó ningún trabajo hacerme amigo suyo. Era un buen muchacho. Lo pasamos bien. Una francachela con dos chicas que él conocía y luego el final. Unas gotas de digitalina en un vaso de agua y Greemberg se fue al otro mundo.

De pronto, Dinah emitió un sollozo, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿No tiene bastante con nosotros? —dijo Jim—. Déjela a ella marchar. Al fin y al cabo, es una mujer.

—¿Me cree tan ingenuo? En mi oficio hay que hacer las cosas

bien. Cada vez que ejecuto una sentencia soy una persona distinta a la anterior. En Phoenix le dirían a usted que yo era rubio y de rostro delgado. Aquí ya lo ve. Tengo el cabello negro y soy mofletudo.

Ficher se metió el índice en la boca y con dos rápidos movimientos extrajo de su interior dos piezas circulares. Instantáneamente se hundieron sus mejillas y resaltaron los salientes pómulos. Mostró en la palma de la mano las dos piezas que le habían servido para conseguir la nueva fisonomía y luego las guardó en el bolsillo, mientras explicaba:

—Cuando llegue mañana a Bismarck me transformaré en un pelirrojo con una vestimenta de colores chillones y continuaré el viaje hasta Chicago para rendir cuentas.

—¿Se las rendirá directamente a Ricca o a alguno de sus lugartenientes?

—No espere que se lo diga —Ficher soltó una risita—. Debe ser muy amargo marchar al otro barrio desconociendo lo que uno ha querido saber con tanto afán.

—Se equivoca. Lo sé todo, pero le necesitaba a usted vivo para que testimoniase ante un juez contra sus patrones.

—Pierda la esperanza. Esto se acabó para usted.

Browne, que había permanecido silencioso hasta entonces, dijo:

—Tengo bastante dinero, Ficher. Apuesto a que mucho más del que usted ha podido soñar en toda su vida.

—No siga.

—Son doscientos mil dólares. ¿Se da cuenta? Doscientos mil dólares para usted si respeta nuestras vidas.

—¿De veras? ¿Y qué voy a hacer con tanto dinero?

Jim vio que la pistola que esgrimía Ficher se movía ligeramente apuntando ahora a Browne. Calculó la distancia que le separaba del asesino y se dijo que si conseguía pegar un salto y caer sobre él, podría justamente cogerle la muñeca antes de que pudiese disparar por segunda vez. Pero, ¿y el destino de la primera bala?

Browne decía en aquel momento:

—Con esos doscientos mil puede usted establecerse en cualquier parte del mundo, Ficher. No habrá escondite que no esté a su alcance. Cualquier república de América del Sur, cualquier lugar de

África, cualquier isla apartada de Oceanía...

—Es usted un iluso, Browne. ¿Qué le ha pasado a usted, o a Greemberg o a Bioff? Entre nosotros nadie puede traicionar a nadie. El momento de la venganza siempre llega. Pueden transcurrir diez, quince o veinte años, pero, al final, un día te ves hecho pedazos con dinamita, aplastado por un camión o agujereado por una ráfaga de ametralladora. Usted mismo lo dijo antes a Murray. ¿Qué clase de vida ha hecho usted en todo este tiempo? Ha sentido pesar sobre su cabeza la sentencia de muerte y nadie hubiese podido convencerle de que ésta no llegaría a cumplirse. No, Browne quédese con sus doscientos mil. Yo me atengo a mi trabajo.

Jim no esperó más. Lanzó la cartera de Browne, que conservaba en su mano izquierda, contra la cara de Ficher con la esperanza de que ésta le quitaría visibilidad para poder disparar, e inmediatamente saltó él poniendo en juego todas las energías de sus músculos. Sonó un estampido y Jim se preguntó, mientras surcaba el aire, si la bala le habría atravesado el cerebro, pero percibió el choque contra el cuerpo del asesino y se dio cuenta de que el proyectil no había sido dirigido contra él. Por el contrario, Browne exhaló un gemido. Ficher había preferido matar primero al hombre tras el que se había desplazado a tan lejano lugar del país.

Las manos de Murray sujetaron como garras la muñeca de su rival y tiraron de ella con fuerza. Ficher soltó una maldición al tiempo que era arrastrado por el impulso. Jim propinó un puntapié al bajo vientre del asesino, el cual lanzó un grito e instantáneamente soltó la pistola.

El periodista descargó luego un terrible golpe en la mandíbula del verdugo, alejándolo de sí, y enseguida cogió la pistola que acababa de abandonar y se irguió triunfalmente. Apartó la mirada unos instantes para mirar a Browne y lo vio sentado en un sillón, apretándose un hombro.

—¿Cómo va eso, George?

—Mejor de lo que esperaba —contestó el herido—. Me he librado por unas pulgadas, gracias a la cartera que le ha arrojado usted.

—¡Cuidado, Jim! —advirtió Dinah, colocada a la derecha de Murray.

Ficher se incorporó resoplando y en su semblante había una expresión infrahumana de odio.

—¡Maldito periodista...! ¡Te voy a...!

—Tú no vas a hacer nada, Ficher; mejor dicho, sólo una cosa, cantar. Nada te va a salvar de la cámara de gas y tú no querrás hacer el último viaje sin tener la satisfacción de que los que están sentados tranquilamente en sus despachos se rían de ti... Serás famoso, ¿entiendes? Si ahora guardas silencio, nadie se acordará de Dino Ficher, pero si hablas no habrá habido gánster cuyo nombre sea más conocido que el tuyo. Serás más grande que Dillinger, que Al Capone, que Lucky Luciano... Hasta harán una película de ti. Todo eso si cantas. Ahora no tendrás nada que temer. No podrán matarte porque tú ya estás sentenciado a muerte. Anda, elige.

El rostro de Ficher fue perdiendo poco a poco dureza y, al cabo de unos instantes, dijo:

—Eres un condenado periodista, pero tienes razón. No ha habido nadie mejor que yo en el oficio y quiero que todo el país lo sepa; para ello bastará que Ricca, Conterno, Wallace Smith, todos los jefes y las docenas de hombres que ejecutan sus órdenes como Landy, Flaherty y el doctor Nordahl me maldigan desde la silla de los acusados...

En aquel instante se abrió la puerta e irrumpieron en la estancia dos policías, pistola en mano.

—¿Qué ha pasado aquí? —inquirió uno de ellos, mirando especulativamente a los que se hallaban en la habitación.

—Verá, yo le explicaré, teniente... —empezó a decir Jim.

EPILOGO

—¿ESTÁ ahí, Temple? —preguntó Jim por el auricular.

—¿Quién demonios me llama? —inquirió con voz estentórea el jefe de Redacción.

—Jim Murray.

—¡Por todos los infiernos, Jim! ¡Por fin ha hablado! Váyase a una isla del Pacífico inmediatamente, a la Patagonia o al Polo Norte. ¡Pero váyase pronto!

—¿Qué es lo que le pasa?

—En vista de que tardaba tanto en llamar, le di a usted por muerto y esta mañana hemos publicado en nuestro diario su crónica sobre el asesinato de Willie Bioff y su relación con los sucesos de 1938 y 1943. Ahora esos gánsteres lo buscarán como si se tratase de una bolsa de un millón de dólares. Le matarán a usted y a ese Browne.

—No, jefe. Ya no matarán a nadie.

—¿Qué dice?

—Acabo de capturar al rubio y en cuanto a Browne, sólo está levemente herido en un hombro.

—¡Repítalo!

—Le haré un relato de todo y quizá me lo agradezca más.

—¡Espere un momento...! ¡Bill! ¡Tony...! ¡Papel y lápiz! ¿Qué estáis esperando? ¡Coged los supletorios! ¡Listo, Jim! ¡Empieza!

Murray hizo a continuación un relato de cuanto le había sucedido después de hablar con su jefe la última vez. Terminó diciendo:

—Informe del asunto al fiscal para que suelte a la señora Nelson. Hoy mismo será conducido a Nueva York Dino Ficher. He prestado declaración ante el fiscal y la policía de Granville y yo no iré a Nueva York hasta que se abra el juicio contra los prohombres que Ficher ha puesto en la picota. ¿Sabe que Browne ha entregado a la hermana de Alex Greemberg treinta de los grandes? Quiso hacerme también un donativo, pero no acepté. Después de todo, ¿para qué me hace falta, trabajando en El Clarín de Phoenix?

Temple carraspeó fuerte.

—¡Fantástico, Jim! Es usted el mejor periodista de la nación. ¡Venga inmediatamente!

—No, jefe.

—¿Qué es lo que dice? Me ocuparé de que Phoenix le rinda el homenaje que se merece.

—Prefiero por ahora la isla del Pacífico de que me habló.

—¿Qué isla del Pacífico? ¿Se ha vuelto loco?

—Sí, Hawai. Quiero saber cómo está esta temporada la playa de Waikiki. Llame al hotel Internacional de Honolulu y solicite orden de crédito por mil dólares a nombre de Jim Murray.

—¿Mil dólares? No, no está en sus cabales.

En aquel instante salió Dinah del cuarto de baño, al que había ido a retocarse el maquillaje. Se acercó a Jim, éste la abarcó por la cintura con la mano libre y la estrechó contra sí, mientras contestaba a su jefe:

—Sí, Temple. Mil dólares. ¿Y sabe por qué?

—¿Por qué?

—¡Porque ahora somos dos!

Temple empezó a vociferar, pero Jim ya no lo oía porque había dejado el auricular sobre la mesa. Tenía otra ocupación. La de besar los rojos labios de la hermosa joven.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España